



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

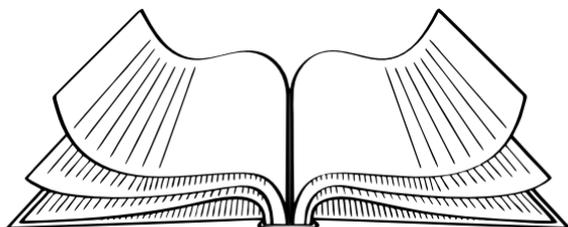
Cuento
Poesía
Fotografía

EJEMPLAR GRATUITO
JUNIO-JULIO
2022





**Escúchanos en
Radio Anáhuac 1670 AM**



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

No. 38

www.porescrito.org

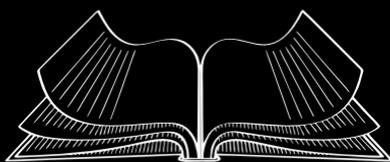




PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

<i>El tiempo en mi</i> Tania Aguirre.....	7
<i>Todo lo que no necesitas</i> Juan Benitez Ontiveros	9
<i>Recuerdo de un viaje</i> Juan José Bermúdez Flores.....	10
<i>Ayer comí carne</i> Dave Brennan.....	11

FIRMAS

<i>Waffles de septiembre</i> Andrea Fischer.....	13
<i>Es extraño, ¿no es cierto?</i> Cecilia Durán Mena.....	17
<i>Trompo</i> Salvador Cristerna.....	19
<i>Prohibido orinar en la calle</i> Laura Sofía Rivero FCE,2021.....	21

IMAGINARIO

VOCES

<i>El guardián</i> Ronnie Camacho Barrón.....	28
<i>La experiencia anti-existencial de sumergirse en agua y (dejar de) ser agua</i> Constanza Caye.....	30
<i>Harold y su venganza</i> Ivanna Fuchs	32
<i>Dramatización</i> Anthar Santos.....	35
<i>La Cajita Feliz</i> Brandon Lee Avila	37

<i>Inventario</i>	
Roberto Antonio Remedi	40
<i>Solicitud</i>	
Paulo Neo.....	41
<i>A la espera</i>	
Ramón Carmona Barrios.....	43

CONTINUO

<i>El tigre de Sarajevo</i>	
Mario de la Piedra Walter	45
<i>Destino</i>	
María Elena Sarmiento	47
<i>Descapotable</i>	
Francisco Duarte Cué.....	48
<i>El tiradero</i>	
Virginia Meade.....	49
<i>En busca del silencio</i>	
Magy Otaduy	50
<i>La extranjera</i>	
María Elena Sarmiento	52
<i>Fui barricada</i>	
Arturo Villafranca	53
<i>No me escuchas</i>	
Cecilia Durán Mena	54
<i>Premonición</i>	
Alejandro Magallanes	56
<i>El infiel perpetuo</i>	
Juan Antonio Díaz Becerra	57
<i>No debo hacer migas</i>	
Pita Escalona.....	59
<i>El desfile de invierno</i>	
Ángeles Montes de Oca Bowers.....	60
<i>El último roadtrip</i>	
Dave Brennan.....	63

Hablando por escrito

Si dijera que en Pretextos literarios por escrito nos dedicamos a la escritura, podría dar la impresión de que estoy abordando el tema a la ligera, como una obviedad cuando en realidad, se trata de algo más concreto, mucho más sencillo y fácil de entender: nos dedicamos a atrapar lectores para nunca dejarlos ir.

Para ello, es necesario preparar el terreno. Así como se fertiliza la tierra buena, se quitan los abrojos y se siembra antes de cosechar, nosotros nos dedicamos a buscar textos que seduzcan al lector y lo inviten a seguir leyendo. Por supuesto, cada lector tendrá sus preferencias. Algunos tendrán un gusto que se incline a lo novedoso, otros preferirán aquello que les sorprenda, unos se sentirán atraídos por lo único e innovador y habrá aquellos que se interesen por las rarezas. Quizá no convenga decirlo a voz en cuello, pero hay lectores que tienen preferencias muy extravagantes.

De todo hay en esta parcela tan interesante y diversa como es la escritura. Creo con firmeza que existe un magnetismo entre los lectores y los textos. Imagino que cada escrito que es liberado de la oscuridad del cajón y al que se le da la posibilidad de ser publicado, despliega sus alas para encontrar a aquel que lo aceptará, se interesará y lo leerá con una sonrisa. Claro, no todos los textos se toparán con esa buena fortuna siempre y en todo lugar. Hay algunos que provocarán entusiasmo en ciertos lectores y en otros dejarán caras avinagradas. No importa.

Como escritora, a mí me gusta darle la bienvenida a todos aquellos que se atreven a someter sus textos al escrutinio de la Mesa de edición. Como editora, me embarga el espíritu aventurero que nos lleva a publicar nuevas voces, a probar diferentes posibilidades y a forzar los límites. Cada que terminamos de editar un nuevo número de esta revista, nos invade la satisfacción de haber hecho algo importante. Estamos frente al objetivo trascendente de publicar para ser leídos.

Claro que la fantasía y la ficción nos llevan a imaginar. Me figuro a esos escritores que se inspiran por la noche junto a un foco que abate la oscuridad sin miedo a perder la vista frente a la hoja en blanco o a los que escriben a plena luz del día en la mesa de la cocina, en el café del barrio. Sospecho que hay algunos que lo hacen en la intimidad, callados y los que escuchan a las musas en cualquier lugar. También pienso en esos lectores que toman la revista y recorren sus renglones mientras se sientan a esperar a alguien, cuando van sentados en algún transporte, cuando se toman un café o en los momentos previos antes de dormir.

Especulo si al leer, se estarán divirtiendo o si lograrán descubrir algo. Me ilusiono ante la imagen de ese lector que se sumerge en los renglones y en la

emoción del autor por saberse leído. Por eso, en Pretextos Literarios por Escrito no nos interesamos el palabrereros, buscamos a escritores que desde la emoción que les habita las entrañas logran conmover y conmoverse. Es la creencia de que eso que habita en nuestros textos va a darle forma a algo más grande a partir de las letras, algo que nos trasciende. En cualquier caso, es maravilloso concebir esta ilusión, más allá de cualquier grandilocuencia.

Por eso, si dijera que esta revista se dedica a la escritura, la estaría reduciendo y reflejaría muy poco de lo que en realidad somos. Atrapar lectores no es sencillo, hechizarlos para nunca dejarlos ir, es complejo. Somos afortunados de hacerlo y seguirlo haciendo. Eso es lo importante.

Por eso, con ustedes el número treinta y ocho de Pretextos literarios por escrito.



Paúl Núñez

El tiempo en mí

Tania Aguirre

¿Cuánto tiempo ha pasado?

Mi cuerpo ha comenzado a responder,
mi corazón está dispuesto a sentir.
No sé cómo llegué aquí,
¿Hay alguien?

¿Cuánto tiempo ha pasado?

Siento mi vida moverse,
el miedo que me dejaste sigue aquí,
pero ya no me importa,
ya no me importas.

¿Cuánto tiempo ha pasado?

¿Recuerdas cuando recién pasó?,
¿cuando morimos?,
¿cuando morí?,
¿cuando me mataste?

Yo me acuerdo,
mi alma se acuerda
del camino interminable,
que empezó contigo.

Mi cuerpo lo sabe,
siente la euforia,
quiere hacerlo otra vez.
Intentarlo de nuevo,
¿lo intento?

¿Cuánto tiempo ha pasado?

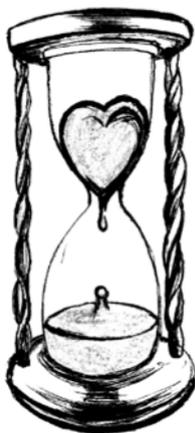
Por favor explícame,
¿en qué momento
mis intentos de olvido

dejaron de ser fallidos?
Supongo que fue un día,
cualquier día,
en el que aventé un deseo al viento
y me concedió honesto
lo que siempre, sin saberlo, buscaba.

¿Cuánto tiempo ha pasado?

Fíjate de cerca.
Susurra cual deseo
que lo que ha pasado

es el tiempo.



Paúl Núñez

Todo lo que no necesitas

Juan Benitez Ontiveros

Y así nos fuimos
entre los ruidos
de nuestras muertes.

Notas ocultas
entre el asfalto,
pasillos de hospitales,
sillones rotos.

Todas las lágrimas
de nuestras abuelas.
Los silencios rotos,
las manos que ya
nunca tomaremos.

Los recuerdos
que no necesitaremos.



Paúl Núñez

Recuerdo de un viaje

Juan José Bermúdez Flores

Sólo eran la carretera
los árboles disueltos,
tantas horas de camino,
y el surco entre tus dedos;
estudiaba, tímida,
los vuelcos de tu pelo,
sus raíces alargadas
creciendo en tu cuello.

Íbamos a conocer
un río como un lucero,
un rincón donde la vida
no es más que un secreto.

El viento que agitaba
la luz de tu reflejo
deshizo la distancia,
burló el orden del tiempo.

Así como viajábamos
y aparecías tan quieto,
te veo en la noche que cierra
la voz de tu recuerdo.



Paúl Núñez

Ayer comí carne

Dave Brennan

Ayer comí carne
 Hace mucho no lo hacía
 Estaba exquisita, marinada con sal y especias
 Cruda en el centro y quemada al margen
 Como la vida misma

Pero mi estilo de vida ya no marida con la carne
 Porque ya cuido a mi cuerpo, ya no lo lastimo
 Ya no me produzco heridas cutáneas superficiales y relaciones tóxicas profundas
 Y porque quiero ser mejor para el mundo
 Pero el mundo te castiga
 Si no te pones una etiqueta de vegano
 Y renuncias a todo animal
 Entonces eres igual a ellos
 Ellos que comen y cenan carne todos los días
 Y desayunan huevo
 Ellos que son como tú

Cuando la realidad es que con un día
 Un día a la semana que nadie consumiera carne
 Haría toda la diferencia
 Porque los humanos no entendemos absolutos
 El antojo está ahí, de vez en cuando se asoma
 Pues el error entonces está en la primera vez que se hace algo
 Que se abre la puerta a la repetición

Como la primera vez que me hice menos
 Que quise compartir momentos especiales contigo, pero acabé viendo la película solo
 No te levantaste de la cama, estabas cansado
 Tu vida no ha sido fácil, fácil como la mía dices
 (Si es que existen las vidas fáciles)
 Porque si lo fácil es el dinero, también con facilidad lo compartí
 Porque si lo fácil son las emociones, también con depresión viví
 Porque mi película no es de Disney
 No está llena de caricaturas y juguetes
 Era un desierto desolado lleno de edificios
 Y aprendí a regar cada grano de arena

Y a llenar cada piso con personas
 Para que sea un oasis que enseña
 Que la vida también tiene estos sentimientos negativos
 Y parajes sombríos
 Porque de la tristeza podemos aprender la felicidad
 Y porque tu vida también conoce estos escenarios
 Y las películas de Disney no nos representan
 ¿Que viene un beso de lesbianas en la nueva, dices?
 Pura política y al parecer les funciona
 Y es que al final es más triste en la realidad
 Una película de caricaturas gays de un conglomerado anti-gay
 Que una serie de un mundo lleno de violencia
 Post-apocalíptico pero con emociones reales, especies reales
 Y mucho que enseñar
 Pero eres presa de lo fácil
 Porque si la vida no es fácil, que al menos tus películas sí lo sean

Así que quédate con tus películas de Disney
 Ésas que van un paso atrás
 Ésas con arcoíris digitales
 Y sigue sin abrir los ojos
 Porque al coserte me descosía yo
 Y ni siquiera el hilo y aguja procuraste
 Porque picar y coser no es fácil
 Porque al hacerte mi copiloto y llevarte al fin del mundo
 Me metiste en sentido contrario
 Porque yo también te necesitaba
 Pero ya no, porque ya no como carne.



Paúl Núñez

Waffles de septiembre

Andrea Fischer

1. Las aletas de la nariz

El día del terremoto, me di cuenta de que me gustan güeritos.

Estaba en la cafetería cuando pasó. Ya había pasado el mediodía, y la clientela había estado francamente baja. Ni las moscas se nos paraban. Y claro, era martes. Y claro, los estudiantes apenas estaban saliendo de la universidad que está a la vuelta del local. La hora sabrosa para servirles de comer empezaría, si acaso, a eso de las 2:30.

Pero se me hacía raro: entre semana, por las mañanas sí teníamos gente generalmente. Pedían de desayunar para llevar, más que nada: entre que iban tarde a clase o tenían que llegar a trabajar en sus propios negocios, se les antojaba un cafecito en el camino. A veces, incluso me pedían waffles. Y sí, me gustaba que quedaran güeritos. No muy quemados, no muy tiernos: sólo doraditos.

Nunca me había dado cuenta, hasta que una muchacha me lo hizo notar. Un par de días antes, se paró afuera del zaguán muy temprano, como a las 7. Yo siempre llego al negocio como media hora antes, así que ya estaba adentro del local. A esa hora, aunque la calle no está vacía, rara vez se paran para pedir algo.

Pero sentí su mirada.

La vi parada, como buscando algo al interior de la cafetería. Las luces todavía estaban apagadas, porque me gusta prender la máquina de café antes que todo lo demás. Tal vez fue el murmurar suave de la prensa italiana, o el parloteo discreto del congelador en el otro extremo de la cocina, pero no la escuché llegar. Sólo sentí su mirada insistente desde la puerta de cristal.

Flaquita, despeinada, con una gabardina de gamuza gastada, se instaló inmóvil afuera del negocio. Con los ojos bien abiertos, clavó la mirada en el vacío aparente de la cafetería. El olor a granos tostados apenas empezaba a percibirse detrás de la barra. Pensé que tal vez le llegaría, porque pude ver cómo inflaba levemente las aletas de la nariz. Intenté llamar su atención saludándola, indicándole con las manos que en breve le abriría la puerta para que pudiera pasar. No pareció verme. Al rozar su mirada, sentí frío.

2. Hay gente muy parca

Media hora más tarde, la muchacha estaba desayunando waffles en la mesa de la terraza. No es que tuviéramos una terraza como tal. En realidad, sólo invadimos la acera con unas mesitas de madera. Después de 4 años de operación, nadie nos había dicho nada: la calle de Regina nos abrazó.

Especialmente en los meses de calor, la gente se peleaba por sentarse afuera. A veces, incluso, preferían hacer cola para agarrar lugar en la terracita.

Aunque hubiera espacio adentro, les gustaba ver la silueta de los edificios viejos en el Centro Histórico. En esa calle, todavía no caían turistas: se conservaba como una reserva sólo para capitalinos curiosos, que ya no querían saber más del Zócalo o a los que sencillamente se les antojaba un lugar para tomar café que no estuviera quemado.

Por las tardes, había músicos callejeros y artesanos vendiendo cosas. Había quienes, por el contrario, preferían el silencio del interior. El mismo concreto de las paredes hacía que el local se mantuviera frío naturalmente, y venía muy bien para los veranos de la Ciudad de México. Ese día, sin embargo, se respiraba todavía la humedad de la tormenta que había caído la noche anterior. A pesar del fresco de la mañana, ella prefirió sentarse ahí.

Me acerqué:

—¿Qué te ofrezco?

Sin mirarme, exhaló con un hilo de voz:

—Café con leche. Y waffles.

Le pregunté que si los quería con algún acompañamiento:

—Les puedo poner frutita, miel, chocolate...

Me cortó en seco:

—Los quiero solos.

Y le dije que se los traería enseguida. Hay gente muy parca.

3. Una grieta en el desayuno

Me tardé poco en hacer la masa. En menos de 20 minutos, el local ya olía a vainilla y mantequilla. Incluso a pesar de la carnicería que está en la esquina, el aroma a desayuno prevaleció. Sin que me lo pidiera, le exprimí un jugo de naranja mientras los waffles se cocían en la máquina. Total, se lo podía incluir en el paquete de desayuno. Los revisé un par de veces para que se inflaran lo suficiente, sin que quedaran tostados.

Cuando quedaron en su punto, se los llevé con una cucharadita de mermelada al lado. La muchacha se los quedó viendo en silencio, y le pregunté que si todo estaba bien.

—Tienen una grieta.

Y era cierto: no la había visto, pero justo en uno de los bordes de la masa calentita, se formó una pequeñísima abertura. Era como si los hubiera desprendido con un poquito de fuerza extra, y un pedazo se hubiera quedado adherido a la máquina embarrada de mantequilla. Me tomó por sorpresa. Si no te fijabas, honestamente la grieta pasaba desapercibida.

—... ¿quieres que te los cambie?

Me miró con gravedad.

—No, pero espero que al rato no se agriete el cemento de la calle.

Lo dijo con una frialdad que me sobresaltó. Al principio, pensé que no le había entendido bien. Pero estaba seria, con los labios apretados. La palidez de su rostro se imponía sobre un par de ojeras marcadas, como si hubiera

pasado varias noches sin dormir bien. Al verla así, pensé que tal vez sólo estaría de mal humor.

Sí, hay gente nefasta.

4. Un plato de waffles güeritos

La muchacha comió en silencio. Solita en la mesa, tenía la mirada clavada en el plato de waffles güeritos. No miraba su celular. No leía, como otros comensales acostumbraban. No paseaba la mirada sobre las paredes graffiteadas. Se limitaba a partir meticulosamente cada pedazo que se llevaba a la boca, casi guiándose por la cuadrícula impresa sobre la masa caliente.

No sé si la máquina de café no estaba calentando como generalmente lo hace, pero en el local se sentía frío. Le prendí una veladora a San Juditas, el de las causas perdidas, a ver si nos mandaba tantito sol. De reojo, vi cómo la muchacha se calentaba las palmas con la taza, todavía caliente, del café que todavía no se había terminado.

Al poco rato, llegó la chica que hace el aseo. Me puse a verla hacer la limpieza, con la parsimonia típica de una persona que lleva haciendo lo mismo toda la vida. En la computadora, revisé cómo iba la venta del mes. Nada sobresaliente, sino lo justo para septiembre. Media hora más tarde, la muchacha de la terraza se acercó a la barra con el plato vacío:

—Éste fue un plato de waffles güeritos.

Lo declaró casi con orgullo.

—Supongo que sí. ¿Se te antoja algo más?

Sólo me pidió la cuenta.

Le dije cuánto era y me pago exactito, contando las monedas para pagar justamente 222 pesos. Me aclaró que eso ya iba con la propina incluida. Le agradecí con una sonrisa tensa, y cuando se fue, saqué la cuenta. Y sí, efectivamente daba 222 pesos, considerando el servicio.

5. Horas y horas y horas de silencio

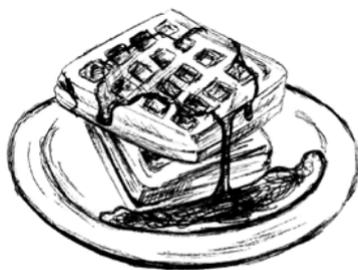
Ese día, no vendí nada más. Cuando menos me di cuenta, ya era medio día. Sentía la visita de la muchacha de gabardina lejísimos, como si hubiera sido semanas atrás. Incluso, el momento de limpieza me parecía casi extranjero. Las personas que pasaban en la calle ni se asomaron a la cafetería, como usualmente lo hacen, para ver qué pan de dulce hay en exhibición en el mostrador.

Pensando en eso, el sonido vino desde lejos. Lento, muy lento, me di cuenta del grito adolorido de la alerta sísmica. No sé por qué me tardé tanto en reaccionar. En algún momento, mi cuerpo corrió hacia la calle. Vi cómo los edificios se tambaleaban. Me sentía ajena a la situación, como si le estuviera pasando a otra persona.

Los trabajadores de los locales vecinos gritaban, lloraban, se aferraban a las paredes de sus negocios como para que no se cayeran. Vidrios rotos, sirenas enardecidas, golpes secos, explosiones en otros mundos, andamios caídos. Después de una eternidad, que bien habría podido suceder en un chasquido,

todo se detuvo.

Frente a mí, apareció una grieta discreta, como apenas en la orillita de la acera. En ese instante, empezó a oler a waffles recién hechos. Al volver al interior de la cafetería, vi que las estanterías se habían caído. El vidrio de la puerta en el zaguán estaba completamente destruido. La máquina de café quedó tirada en el suelo, con un golpe fuerte en el costado. En el último rincón de la barra, la máquina de waffles estaba desconectada, pero seguía emitiendo el mismo olor intenso a mantequilla.



Paúl Núñez

Es extraño, ¿no es cierto?

Cecilia Durán Mena

1.

Es extraño, ¿no es cierto?, como las certezas se disuelven en el pantano de la confusión. Es raro ver que somos capaces de hacer tantos esfuerzos para que la flama del amor sobreviva en medio del torbellino del dolor. Es inaudita la incertidumbre que provoca insistir en someterse a la indiferencia. Y, lo hacemos. Y, lo hago.

Insisto en amarte con una perseverancia que puede escandalizar al mismísimo Sísifo. Me quedo con la mirada estática, como si la concentración que me provoca mirar sin tregua esa pantalla del teléfono lograra el milagro expiatorio de recibir un mensaje que me restituya el alma, que me erija la certeza que yo sé que no existe. Porque, por más que espero y que siga esperando, eso no sucederá. Ni vendrás ni llamarás ni me mandarás un mensaje.

Es extraño, ¿no es cierto?, que yo insista en dejar que mi amor crezca como las enredaderas salvajes que se trepan por las paredes terrosas y se adhieren a los muros con una fuerza inaudita y sin razón aparente, mientras tu me sigues olvidando. Sacas la guadaña para cortar las ramas y extirpar las raíces del recuerdo o peor aún, de la proximidad. Es raro que yo asuma ese dolor como algo normal y que el escozor, lejos de hacerme dar pasos atrás, sirva de acicate para seguirte deseando.

Podas y las flores germinan, machacas y me dices mentiras que deberían ser obvias para mí, y lo son, pero me encierro en mis tinieblas hasta que no quiero ver que las cosas que haces y dices están diseñadas para pintar mi horizonte de azul y de gris, de miseria y hiel de angustia y desconsuelo. Debiera darte vergüenza, me dicen, me digo. No es ni orgullo ni dignidad, porque nada de eso queda. Es una vergüenza perruna. Es una mancha hecha de tizne. Es sal con pus. Mi devoción por ti hace que todas tus mentiras parezcan verdaderas. Sé que no son verdaderas. Pero si la verdad hace que el amor dure menos tiempo, no la quiero ver ni la quiero cerca.

2.

Cariño, es extraño, ¿no es cierto? Sé que me haces mal y aun así estoy loca por ti. Rendida, vencida, mi sangre ya no recorre las venas con la fuerza de antes ni reluce en mí pensamiento inteligente alguno. Vencida y gris. Árida y sin tu presencia, camino con la postura jorobada y las orejas metidas entre el hueco de los hombros. Mientes. Cada mentira hace que mi adhesión a ti sea más fuerte que antes. Todo el mundo sabe que la nieve se derrite en primavera, que las golondrinas se van en el verano, que el sol ya no brilla tanto en el otoño y que todo viene, va y se pasa. ¿cómo puede el amor pasar y sobrevivir tanto pesar? ¿Por qué las mentiras hacen que mi adoración sea más y más y más fuerte?

Lloro tanto. Lloro como un niño que ha perdido su juguete favorito, como una pequeña que se soltó de la mano de su madre y no encuentra la forma de regresar al hogar. Tal vez piensas que estas lágrimas las derrama un cocodrilo. Una criatura lista puede llorar tanto y tan fuerte hasta que logra todo lo que pretende. La diferencia es que mis lágrimas no me ayudan a salirme con la mía. Sé que el amor puede durar años. Pero ¿cómo puede durar el amor a través de las lágrimas?

No creas que ignoro que me adentro en una epopeya frustrada, en una gesta que se inició sabiendo que estaba perdida. ¿No es así el verdadero valor? Ir a la batalla que no se podrá ganar, ¿no es eso? Puede ser. Tal vez sea la auténtica representación de la necesidad. Al principio todo fue una épica heroica y caí prisionera, luego la amargura de la reflexión y los lamentos que devienen de la imprudencia.

3.

Mi vida, es extraño, ¿no es cierto? Es raro que bese tus zapatos vacíos, que almuerce tu ausencia, que almacene tus mensajes, que abrace ese pedazo de hoja arrugada con letras mal hechas y que mire en secreto las fotos que subes a redes sociales. Empuño la mano del corazón y aprieto la garganta. El gris nunca fue el color de las grandes pasiones. Es una triste guerra que me tocó perder. Si me muero, la muerte me llevará con la cabeza gacha. Muerta, veinte veces muerta, cincuenta veces más muerta, con la boca llena de tierra y los suspiros que revelan el alma herida enredados entre las pestañas que me arranqué en la desesperación de no tenerte.

No hay sentido. Me abandono en ti. Estés o no estés a mi lado. Me imagino entre tus brazos mientras pasa la tormenta, mientras llega el olvido, mientras muero sin verte, mientras me alcanza el tiempo de dejar de pensarte, de vivirte y de acabar con este esperar a que me ames.

4.

Es extraño, ¿no es cierto? Que por amarte a mi manera, me haya equivocado tanto. Te lastimé. Te inutilicé. Te herí con las palabras más sucias de mi boca. Por amarte, te denigré, para ser feliz, te humillé.



Paúl Núñez

Trompo

Salvador Cristerna

Cuando lo conocí daba vueltas en círculos alrededor de una glorieta de arbustos en el parque donde suelo correr por las mañanas. Mientras recobraba el aliento perdido por el esprint cotidiano, me quedé mirándolo en espera de que se detuviera. No lo hizo.

Al principio pensé que jugaba. Me cayó en gracia. Pero al verlo con más detenimiento parecía buscar algo o a alguien. Tal vez me busca a mí, pensé. Me conmovió.

Fui a la tienda más cercana por una bolsita de croquetas. Debo haber tardado unos 15 minutos en ir y regresar, tiempo en el cual él siguió su periplo sin descanso. Intenté llamar su atención. Fue inútil. Opté por dejar el alimento a su alcance y me retiré a una distancia prudente para continuar observándolo sin que se sintiera amenazado.

Ahí comenzó nuestra amistad. Desde ese día a diario lo buscaba para charlar con él, para saber cómo había pasado la noche. Si había encontrado aquello que buscaba en su interminable recorrido circular. Ese anillo de Moebius, donde vivía atrapado. Él me miraba con un dejo de compasión. Con seguridad para él el perdido era yo. El que buscaba algo de manera infructuosa, era yo. El que necesitaba un poco de afecto y atención, era yo. Sin duda no se equivocaba.

Jamás lo escuché ladrar, aullar o quejarse en modo alguno. Parecía siempre feliz. Contra lo que pudiera pensarse, no inspiraba lástima ni ningún otro sentimiento que no fuera alegría. Quizás esa es la vocación de los canes en este mundo: ser paquetitos de alegría con cuatro patas. Con el paso de los días, cobró confianza conmigo y me permitió estar cerca de él mientras comía, previo a regresar a su sempiterno recorrido, en el cual incluso llegué a acompañarlo en varias ocasiones, a prudente distancia. Los amigos deben acompañarse en ciertas partes del camino.

Nuestra amistad quedó sellada de manera definitiva cuando me concedió la venia para acariciarlo en uno de los descansos de esa para mí incomprendible circunnavegación, que lo mantenía atado a la glorieta de plantas como un satélite, prisionero de la gravedad de ese pequeño planeta verde.

Así las cosas, tras mucho barruntar el asunto y consultarlo con Tona y Watson, mis roomies felinos, pues uno debe ser respetuoso de los espacios que comparte con otros, decidimos adoptarlo. Estaba resuelto. Me propuse el día siguiente como fecha para hacerlo.

A reserva de consultarlo con él, para recibir su anuencia, entre mis compañeros peludos y yo habíamos decidido llamarlo “Trompo”, por las vueltas que daba alrededor de la glorieta de arbustos. Pedí prestada una correa para llevarlo a casa con ese lazo que nos uniría simbólicamente hasta el fin de nues-

tros días.

A la mañana siguiente, previo incluso a la calistenia que llevaba a cabo como parte de la rutina antes de emprender la carrera por los senderos del parque, fui a buscarlo, con la emoción desbordada. Quería, a la brevedad, comunicarle la decisión tomada horas antes y esperar que aceptara someterse al periodo de prueba. Nada. Ni sus luces.

Como la noche anterior había llovido pensé que se estaría guareciendo en algún lugar cercano. Aún chispeaba. Decidí continuar con mis ejercicios y buscarlo después. Fue inútil. Regresé más tarde, un par de veces. Nada. Tampoco al día siguiente, ni ninguno después.

A la fecha, como un ritual, paso a diario a buscar a mi amigo, con la esperanza de verlo una vez más para despedirme de él. Tal vez simplemente encontró lo que buscaba y al hacerlo ya no tuvo la necesidad de volver al parque.

De vez en cuando doy un par de vueltas a la glorieta en espera de alcanzarlo. De verlo aparecer delante de mí y continuar con nuestra amistad, como si nada hubiera ocurrido y, al menos por una vez, poder llamarlo por su nombre.



Paúl Núñez

Prohibido orinar en la calle

Laura Sofía Rivero FCE, 2021

A Eduardo Cafaggi

Me pregunto por qué si el agua es capaz de tomar tantas formas, hay esculturas en ciertas fuentes que se apropiaron de la más humana, odorífera y ruin. ¿Quién decidió cambiar los paisajes marinos, los cántaros, las tortugas ancestrales, las conchas y su naciente Afrodita por esos niños pequeños que orinan sin recato alguno?

Al fabricar una fuente se debe tomar una decisión primordial: el lugar de donde habrá de brotar su chorro. Y eso supone, en algunos casos, emular la resolución que la naturaleza dio en nuestros cuerpos hace millones de años. Por un lado, la Fontana di Trevi, donde el titán Océano emerge entre las rocas sobre su carro de carey tirado por dos tritones que apaciguan unos hipocampos; por el otro, aquellas esculturas humanas que se ven forzadas a abrir su boca para escupir borbotones. Motivos de mar y de agua; motivos de boca y uretra.

La fuente nació pública, era una extensión que hacía asequible el líquido tan preciado: se volvió centro de las ciudades, punto de reunión. Por eso me resulta tan singular la imagen de los niños en pleno ejercicio de la micción ante la vista de todos. Se me presenta como un derrape en las reglas de lo público y lo privado.

El origen de esta usanza es difícil de datar. La estatua más emblemática de este tipo se erige en el centro de Bruselas: el Manneken Pis, un niño de sesenta centímetros de altura que orina desde tiempos inmemorables. Si bien existen muchas leyendas, pocos archivos y testimonios comprueban con absoluta certeza toda esa red de historias que se ha tejido al respecto de él. Según dicen algunos, personifica a un niño que meó la mecha encendida por unos atacantes de la ciudad en el intento de hacer estallar sus murallas; otros creen que representa a un infante que, en 1142, mojó a las tropas enemigas del duque Godofredo III desde una cesta colgada en un árbol, vaticinando su derrota con ese sucio bautizo. Algunos más aseguran que la efígie fue colocada por un mercader: mientras recorría las calles de la ciudad con su familia, se percató de la ausencia de su hijo. La búsqueda fue tan ardua y desesperante, que el padre aseguró a los suyos mandar a hacer una estatua del pequeño en la posición en que fuera localizado. Tiempo después, hallaron al niño riendo y orinando en un jardín, sitio que, según dicen, es donde ahora se levanta la pequeña fuente.

El jocoso Manneken Pis es desde 1695¹ un símbolo tan importante para los habitantes de Bruselas que, por ello, ha sido defendido en distintos

¹ En ese año, después de sobrevivir al bombardeo de Bruselas, se colocó de nuevo en su pedestal con un pasaje de la Biblia inscrito sobre su cabeza: *En petra exaltavit me, et nunc exaltavi caput meum super inimicos meos* que se traduce como "El Señor me colocó sobre una base de piedra, y ahora levantó la cabeza sobre mis enemigos".

incidentes, guerras e intentos de robo. Cuentan que el mismísimo Luis XV tuvo que ofrecer disculpas a los enardecidos bruselenses cuando algunos soldados franceses quisieron sustraerlo de su nicho. No solo le autorizó a la estatua usar la espada y la Cruz de San Luis, sino que le regaló un finísimo vestido de caballero bordado con oro.

Si en un principio la fuente fue clave en la distribución hídrica de la ciudad, tiempo después se convirtió en el símbolo más representativo del zwanze: el humor característico de Bruselas, subversivo y autoirónico. La exaltación por las estatuas impúdicas ya forma parte de la personalidad de la capital belga donde también se puede encontrar a la Jeanneke Pis y al Het Zinneke: las esculturas de una niña y un perro que imitan el comportamiento de aquel legendario hombrecito. Hasta la fecha se viste al Manneken Pis con alguno de sus más de 900 trajes y, en celebraciones importantes, se suele conectar a una garrafa de cerveza o de vino. La población disfruta de embriagarse con las aguas que fluyen desde ese niño de bronce que, sin tener entrañas, eternamente atiende al llamado de la naturaleza.

La indecencia de las fuentes resalta dentro de los proyectos de las ciudades. Los ayuntamientos suelen imponer una vida oficial y severa: las avenidas y los recovecos son tratados como mausoleos, ángeles de la memoria, historia mayúscula hecha plaza. Una ciudad se sabe de todos: los habitantes presentes, los turistas venideros, los enterrados en sus cementerios, los que le dieron motivos. Por ello entabla una conversación con quien la vive o la visita. Habla a través de letreros que dicen dónde parar y dónde no. Los semáforos dosifican el tránsito de ruedas y de piernas. La urbe tiene voz. Su mobiliario y señalización es un manual que indica qué hacer y cómo moverse. Las placas cuentan historias, resucitan los vestigios y lo que yace bajo el polvo. Todo aspira a ser una rúbrica, a perdurar sin alteraciones; su meta es la permanencia.

No obstante, dentro de este discurso de reglas y de costumbres, a las esculturas les está dado un derecho que no lo tiene nadie, viven fuera de la ley. Mientras que para nosotros está prohibido orinar en la calle, las estatuas de las fuentes mojan con su traslúcida pipí los adoquines de las ciudades. Vándalas y cínicas: salpican a quien pasa cerca de ellas, se mofan de la grandilocuencia monumental, se enorgullecen de su triunfo sobre la moral. Nos recuerdan que la fuente es canal que traslada el agua de otro sitio, pero también es hondura y agujero. El agua pareciera obligarnos a las concavidades, a la humedad oculta.

Alguna vez caminando por el centro de Guadalajara, advertí al conjunto de niños que juegan y se salpican entre borboteos. En el Paseo Hospicio, la Fuente de los Niños Traviesos mantiene expectantes a cuatro chiquillos fabricados con herrería tradicional, todos rociando agua: uno sostiene una tortuga, otro escupe, uno más saca el chisguete desde sus manos, el último libera su vejiga. Recuerdo haber visto a un quinto niño, hecho de carne y de hueso, que señaló al más atrevido de la fuente solo para decirle a su mamá que se parecía a él, como si acaso reconociera que a todos los de su edad les está permitido

habitar un otro mundo: el de la impudicia.

En mis andanzas más insípidas, suelo hacerme una pregunta que tiene sus raíces en el descubrimiento del niño tapatío: ¿qué pasaría si alguna vez al caminar por un parque te encontraras con una estatua de ti mismo? ¿En qué posición te habrían labrado? En esa realidad alterna, me gustaría sorprender a mi propia figura rematando la esquina de una fuente, esa arquitectura callejera donde los deseos son monedas hundidas en un estanque, donde las esculturas se resisten a adoptar las posiciones más rígidas. Donde el mutismo del metal y de la piedra se salpican de la naturaleza inestable, vital y súbita del agua a chorros.



Paúl Núñez

BODAI
YOGA

¿Con quién vas a practicar hoy?



RESERVA TU CLASE

por mensaje directo

Fitpass o Gympass

Amores 949, Del Valle Centro, 03100, CDMX

Arquímedes 198, Polanco, 11550, CDMX

Praga 33, Juárez, 06600, CDMX

@bodaiyoga



Quetzal resplandeciente

Ma Vazquez



El tramo más largo
Ma Vazquez



Sin título
Guillermo Sánchez

Servicios del Centro de Lenguas UP (CLUP):

Cursos de Inglés



- Cursos de preparación para TOEFL y TOEIC
- Exámenes institucionales TOEFL y TOEIC (*presencial y en línea*)
- Cursos de conversación por área o industria
- Asesorías especiales (10 a 30 horas)

Tercera Lengua Cursos de:



Alemán



Chino



Francés



Italiano



Japonés



Portugués



Ruso



Coreano

Servicios de:

- Traducción e interpretación
- Exámenes de ubicación en cualquier idioma

Cursos de redacción por nivel:

- Asistentes
- Jefes
- Coordinadores
- Directores
- Cursos de Oratoria para cualquier nivel

Las empresas con convenio cuentan con un **20% de descuento** en cualquier servicio que les interese. Puedes acercarte a nosotros si quieres firmar un convenio de vinculación para aprovechar estos beneficios y subir el nivel de desempeño de tus colaboradores a nivel nacional o internacional. No hay límites.

*Cualquier otro que pueda ser de interés

*Todos los cursos requieren mínimo de inscritos para su apertura

Contáctanos en clup@up.edu.mx

El guardián

Ronnie Camacho Barrón

El poder llegó a mí, al mismo tiempo que recibí la sorpresa de que mi esposa esperaba a nuestro primer hijo, todo comenzó con pequeños susurros en mi cabeza, advertencias de cosas terribles que podían pasar y que sólo yo podía detener.

Al principio traté de ignorarlos y por mi negligencia, mi cuñado resultó muerto en un accidente de auto; debí obedecer a los susurros cuando pude y cortarle los brazos para evitar que fuera a esa fiesta.

Entonces lo comprendí, el poder había llegado a mí no para enloquecerme, sino para darme la oportunidad de convertirme en un guardián que protegería al mundo y lo haría un lugar más seguro para el advenimiento de mi hijo.

Desde entonces, comencé a seguir sus lineamientos y previne decenas de catástrofes, como el robo de un banco al incendiarlo, un ataque terrorista en el aeropuerto después de hacer una amenaza de bomba y la caída de un meteorito que impedi disparándole al perro del vecino.

Salvé muchas vidas, pero las autoridades no lo comprendieron y cuando se enteraron de todas las cosas que hice, me llevaron a juicio. De no haber sido por mi abogado que apeló ante la corte, que yo presentaba principios de esquizofrenia, hubiera terminado veinte años tras las rejas.

Jamás supe de dónde la sacó, pero fue una idea brillante, el único defecto de su plan, era que por orden del juez y tranquilidad de mi esposa, tuve que asistir con un loquero que a base de píldoras y largas sesiones, trató de curar mi “enfermedad”. Por más que lo intentaron no pudieron conmigo, fingí tomarme sus absurdas pastillas y durante cada sesión, sólo les seguí el juego hasta convencerlos de que todo estaba bien.

Al paso de los meses, el vientre de mi esposa creció y del mismo modo, el alcance de mi poder también lo hizo, ya no sólo se limitaba a voces en mi cabeza, ahora tenía claras visiones de las cosas malas que ocurrirían y de quienes serían los futuros responsables.

Los nuevos males en el porvenir eran más grandes de lo esperado y ya no bastaban los sabotajes ni las amenazas para detenerlas, tenía que llegar más lejos, eliminar al mal de raíz.

Fue así como la cacería comenzó y fui detrás de todos aquellos hombres que conspiraban para traer el fin del mundo, como ese reportero del canal cincuenta y siete que encubría los movimientos de los reptilianos, el alcalde que, a cambio de poder, vendió su alma al diablo, y el director de un hospital que en secreto fabricaba un virus mortal.

Hice eso por varios meses y cada vez que asesinaba a otro, las advertencias de mi poder disminuían, hasta el punto de que para el día del nacimiento

de mi hijo, llevaba semanas sin tener una visión.

En contra de todo pronóstico, había logrado mi objetivo, hice del mundo un lugar seguro para él o al menos, eso pensé hasta que lo sostuve entre mis brazos.

Apenas entramos en contacto, vi la peor de mis visiones, el mundo convertido en un caos llameante consumido por la guerra, donde un hombre parecido a mí, pero con los ojos de mi esposa, se alzaba sobre un trono de cadáveres y sangre.

“¡Mátalo, mátalo, mátalo!” el poder comenzó a ordenar en mi cabeza y por primera vez en mucho tiempo, no supe qué hacer, me esforcé tanto para proteger la seguridad del mundo, sólo para enterarme de que al final sería mi propio hijo quien lo destruyera.

Finalmente tomé mi decisión y comencé a estrujar al niño entre mis brazos con el fin de quebrar su cuello, pero antes de que pudiera aplicar la fuerza necesaria, los médicos intervinieron y me lo arrebataron. Traté de explicarles lo que pasaba, nadie me escuchó y después de llamar a la policía, fui llevado a un manicomio, lejos de mi mujer y de ese niño.

Ya han pasado veinticinco años desde entonces, ese monstruo se ha vuelto un hombre y yo jamás pude escapar de aquí para detenerlo.

Ahora, mientras me preparo para saltar de la azotea, observo a la distancia las explosiones provocadas por las bombas nucleares, aquel engendro ha comenzado con su plan.

Realmente me sabe amargo el sabor de mi fracaso, pero al menos, el mundo por fin sabrá que su guardián siempre tuvo la razón.



Paúl Núñez

La experiencia anti-existencial de sumergirse en agua y (dejar de) ser agua

Constanza Caye

Siempre me ha dado miedo el agua. Todos los días nado para que se me quite.

Hoy cumpla 11 años amargos haciendo esto, y en vez de superar mi miedo y disgusto hacia el agua, se ha perpetuado hasta el grado de odiarla de verdad. Pero apenas me doy cuenta de esto hasta hoy, que vine a la alberca mucho más tarde de lo usual: a las 9:00 de la mañana. El resto de los días no me daba tiempo para reflexionar sobre esto, pues en la madrugada lo único que inunda mi mente es el agua y no algún pensamiento sobre el agua misma.

También hoy a las 9:00 a.m., mientras sumerjo los pies en los escalones de la alberca, me doy cuenta que en definitiva, lo que más aborrezco de esto es la grosera temperatura a la que está el agua todos los días. Pero hoy no... algo menos de qué enojarme.

Procedo a sumergirme hasta las rodillas pensando mientras en lo que podría estar haciendo en vez de este ritual masoquista. Me aviento al agua en derrota, sin compostura, boca abajo caigo, y como siempre, floto mirando hacia arriba en lo que mi cuerpo se ajusta al frío insoportable del agua. Pero hoy no, sólo floto... es más, ¿qué le pasó a la temperatura? No siento frío, pero tampoco calor. De hecho,... no siento.

Interrumpo mi tesa postura de estrella con este pensamiento alarmante. Me reviso el cuerpo, que a pesar de estar distorsionado por la perturbación del agua, sigue entero.

Pero cierro los ojos y esa sensación de no sentir me atormenta fatalmente, aunque también me llama, así que permanezco en ese estado de aparente no-presencia y, cerrando los ojos, me doy cuenta de que no existo.

Ante la duda los abro, pero sólo veo un cuerpo en fluidos mosaicos sumergido. Y cae una cascada silenciosa de ausencia existencial.

¿En dónde acaba mi cuerpo y empieza el agua?, porque ahora, lo único que con sutileza percibo es que son lo mismo. Es uno. Una unidad de materia. Un cuerpo, un mismo caldo primordial, una misma temperatura.

¿Qué soy?

O más bien,

¿soy?

Mis ojos dejan de ser ojos, mis piernas ya no son. El agua estruja mi

pulso y naturalmente me empuja hacia arriba. Permanezco como peso muerto... no, como peso nunca nacido, nunca existido. Me disuelvo en carne y mente propia.

Hasta que el agua es un grado más caliente que el de mi supuesto cuerpo, solo así vuelvo a ser yo.



Harold y su venganza

Ivanna Fuchs

En un pueblo recóndito que nadie conoce, vivía un viejo hombre llamado Harold. Un día se preguntó a sí mismo:

—¿Si muero hoy, quién encontrará mis Playboy?

Como vivía solo, nadie escuchó el comentario tan absurdo. Harold sentía una soledad que lo consumía. Solía vivir con su esposa, Myrtle, y su pájaro Percival. La mujer, lamentablemente murió siete años antes y Percival era el único animal que soportaba, odiaba a todos los animales. Myrtle murió de una extraña enfermedad que le fue detectada, hipocronitis múltiple incurable, fase 4. Myrtle vivía con un hipo constante, un hipo incurable y no tratable. De todos los remedios para curarlo, el aguantarse la respiración terminó con su enfermedad, al igual que con su vida. Harold quedó atónito y trastornado al escuchar la noticia. Sintió que su vida ya no tenía sentido después de saber que su esposa murió por tener hipo.

Ya no comía como antes, ya no veía su programa favorito como antes, ya no bebía sus cervezas favoritas como antes. Todo lo que hacía antes, ya no las sentía como antes. Fue ese mismo día, después de hacerse aquella demencial pregunta, que se le ocurrió la maravillosa idea de hacer un plan.

A Harold ya no le gustaba hacer nada, todas sus cosas favoritas se convirtieron en cosas insignificantes, sin sentido. Desde que murió Myrtle, empezó a odiar todo a su alrededor. Desde el vecino amable y cortés, hasta el perro callejero que mendigaba por los basureros de la vecindad. Decidió darle comienzo a su nuevo plan, decidió que el plan comenzaría un miércoles, porque odiaba ese día de la semana. Se levantó a las 6 de la mañana, porque odiaba madrugar y odiaba a la gente que se levantaba a tan inconsiderable hora. A pesar de que era un anciano, y normalmente la gente grande ya no duerme como antes, Harold seguía, a sus 78 años de edad, durmiendo profundamente. No tenía que levantarse al baño porque desde hace mucho usaba pañales, odiaba usar pañales. Creía que era una ironía que a esa edad durmiera como bebé y usará pañales como los bebés.

Ese miércoles, 27 de abril, se levantó a molestar al vecino. Tocó la puerta vecina, Bartolomeo se levantó a ver quien estaría tocando su puerta a esas horas.

—Hola Bart — dijo Harold con una voz áspera y grave.

Bartolomeo, seguía dormido, no reconoció la voz que venía desde la entrada de su casa.

—¿Eh? — le respondió Bart a medio bostezo.

Harold sonrió por dentro, cumplió su objetivo del día. Se regresó a casa satisfecho sabiendo que le perturbó el sueño a otra persona. Para Bartolomeo no fue más que una desviación de su día, un poco molesto que lo levanta-

ron antes de su alarma, pero regresó a la cama sin ningún problema a descansar otras dos horas más.

Harold sintió alegría al saber que alguien empezaría mal su día, ya que él ha empezado mal su día desde hace siete años. Sintió un nuevo propósito, hacer todo lo que odia, por más que odie hacerlo, ese sería su nuevo plan, empezar con las cosas pequeñas. Pensó que si él no ha tenido paz, haría todo lo posible para que nadie más la tenga.

Al siguiente día, decidió perturbar la paz de alguien que no soportaba. Un local de su pueblo que manejaba la tienda central. Clemente era dueño de la tienda, al igual de otros servicios que había en ese pueblo recóndito. Harold odiaba que Clemente siempre estaba de buenas, siempre le sonreía a las personas, odiaba que al hablar siempre se lamía la boca, pero odiaba por sobre todas las cosas, que les deseaba a toda la gente que tuvieran un buen día.

Así se embarcó en su día, saliendo de su casa, Harold decidió pasear por las calles, ver todo lo que lo rodeaba. Se dio cuenta de más cosas, de cómo odiaba que Gertrude nunca se vistiera y siempre la vieras por su ventana fumando un cigarrillo y con los tubos para rizar el cabello. Odiaba dejar pasar a las personas solo porque el semáforo decía, aunque no pasara ningún coche, odiaba que el pueblo diminuto siguiera las reglas al pie de la letra.

Llegando a la tienda, habían pocas personas. Todos conocían a Harold, y todos lo saludaban. Él solo contestaba refunfuñando. Se paseó por todos los pasillos de la tienda, sin buscar nada y sin encontrar nada. Decidió que era el momento perfecto. Harold agarró lo primero que vio de los estantes del pasillo 4. Se acercó a pagar y justo donde quería, Clemente estaba listo para cobrarle.

— Hola Harold, ¿esto sería todo? — Le preguntó Clemente con una mirada curiosa al ver la lata de sardinas que dejó en la banda metálica.

Harold no se percató de lo que había agarrado. Se quedó viendo a Clemente por unos segundos sin responder. Era bien sabido que Harold no era un hombre de muchas palabras, por lo que su comportamiento no era nada nuevo. Clemente un poco consternado, siguió con su rutina de cobrarle a sus clientes.

— Bueno, ehm, serían \$24.50 — le dijo Clemente después de unos segundos.

Harold en modo automático sacó su billetera para pagar la lata de sardinas. Una risa empezó a surgir dentro de él. No sabía que estaba pasando y trato de ocultarla con una tos. Harold pagó su lata de sardinas y esperó unos segundos para escuchar esas famosas palabras de Clemente... y de pronto...

— Sí eso sería todo, pues ehm, que tengas un buen día! — le dijo Clemente después de lamerse la boca.

— ¡No me digas qué hacer! — le gritó Harold con un tono profundo y fuerte que se escuchó en toda la tienda.

Clemente no supo cómo reaccionar y terminó haciendo una cara de disgusto. Harold salió triunfante de la tienda al ver la cara de Clemente, se rió todo el camino a casa.

Nuevamente, se sintió satisfecho al perturbar la paz de otra persona.

La risa que surgió en él fue algo nuevo, algo que no había sentido en muchos años desde la pérdida de Myrtle, se sintió contento.

Este nuevo sentimiento que surgió en la vida de Harold le dio un nuevo propósito en sus últimos años. Desde asustar al cartero todos los días al entregar su correspondencia, o desde gritarle a los niños jugando por su casa, todo lo que hizo Harold fue molestar a la gente que le molestaba, odiar con todo lo que tenía las cosas que no le gustaban. Aprendió a cocinar coles de bruselas porque era lo único que odiaba comer cada vez que Myrtle las hacía. Platicaba todas las mañanas con Percival y le contó lo que estaba por hacer, comprar un pez. Odiaba los peces.

Su siguiente misión era comprar un pez, el más feo de todos en la tienda de mascotas. Harold no sabía cuándo surgió su odio hacia los peces, pero parado enfrente de una pecera, se dio cuenta que eran los animales que más odiaba por feos. Compró un pez platty, es lo que decía su ficha afuera de la pecera. No era el más feo pero era el único que había. Lo nombró Pearl en honor al color favorito de Myrtle, era el único color que despreciaba, porque no era un color fijo, ni blanco ni marfil. Decidió comprarlo y que le hiciera compañía a Percival. Fue así como Harold en sus últimos años vivió con un pájaro y un pez. Percival y Pearl fueron sus únicos amigos. Los únicos que conviven con Harold el gruñón.

El pasar de los días aliviaron el corazón de aquel viejo hombre. Hizo todo lo que pudo para hacer sufrir a los demás, así como él estaba sufriendo. Lo que no supo Harold fue que todos los del pueblo se alegraron al saber que aquel hombre enojón salía de su rutina para perturbarles el día a cada individuo de aquel recóndito pueblo. La historia donde un anciano molestaría a los de su alrededor, su plan maestro para vengarse de todas las personas que odiaba, terminó siendo lo que le salvó la vida, lo que hizo que contaran sus últimos momentos.

Todo aquel que recuerde a Harold lo hará con una sonrisa, recordarán aquel hombre que solo se quejaba y odiaba la vida, la odiaba tanto que empezó a vivirla.



Paúl Núñez

Dramatización

Anthar Santos

Sala de estar. Una mujer duerme. Un policía sale del baño con el rostro empapado y las manos en la cara. Marca un teléfono. Se agacha, levanta los sillones y busca en el piso.

#911: Necesito ayuda. Perdí mi nariz, no está en mi cara, estaba con mi mujer, nos fuimos a dormir y ahora no está... Es-ta-ba-con-mi-mu-
-jer-nos-fu-imos-a-dor- mir-y-a-ho-ra-no-es-tá... No, soy policía y trabajo
contra eso. Los malditos tienen granjas donde... producen y cortan su
mierda... No tengo armas en mi casa, ¿entiende? Vengan por mí, traigan
una ambulancia, y policías. ¡Me voy a morir! No sabe lo que es verse en
el espejo y no tener cómo respirar... Tengo miedo, no quiero morir, no sé
si estoy respirando, ¿y quiere saber cuántos años tengo...? 29, 30, 30 años.
¿Ella...? 27. Sí... ¿Qué...? No tiene nada que ver. Las drogas son para gente
sin trabajo, esa mierda y los extranjeros están jodiendo a este país. No sé
cuánto tiempo. Fue un pastel de chocolate, con chispas de chocolate por
mi cumpleaños, fue, es hoy... Ella está en la sala, está bien, la veo acostada
enfrente de mí, tiene los ojos cerrados, siento cómo respira: está dormida.
Mi esposa y su nariz están bien, es la mía la que no está... Cenamos juntos,
ella comió lo mismo que yo, pero su nariz está en su lugar, sus orejas, sus
ojos, toda su cara... Comimos... tres rebanadas, no sé a qué hora, ¿qué
importa...? ¿Qué hora son las 23:37...? Ah, hace una hora... Por eso llamo
a la policía, ¡no sé dónde está! ¿Puedo hacer un retrato hablado...? Tengo
miedo de que haya salido del país para cruzar la frontera... ¿Perdón...?
No. Espere, creo que toma... Vicodin. Sí, Vicodin... Lo toma ella, no yo...
¿Dónde está mi ambulancia...? ¿Por qué voy a saber eso? mmm... cinco
al día. Me estoy muriendo. ¿Ya vienen...? No puedo vivir sin una parte de
mi cuerpo... ¿Cómo pude perder mi nariz? La tenía en mi cara, ¿por qué
no está? Sólo fui a dormir. Ya no podré salir a la calle. Soy un fenómeno
como una calabaza; un deforme... Sí, tenemos dos hijos... Sí, ¿y?, ¿dón-
de diablos está la ambulancia...? 305... Busqué por todo el departamento,
¿podrían ver si está afuera? En la tienda o algo... No quiero decirle cómo
hacer su trabajo, pero deberían lanzar una alarma. Esa nariz tiene mi ADN,
si roba un banco o mata a alguien pueden creer que fui yo. No quiero ir
a la cárcel, no soy responsable de lo que haga mi nariz... No sé por qué
huyó, pero la quiero otra vez en mi cara, es mía... Ya me preguntó eso.
Bueno, sí, pero no está cargada, lo juro... ¿En mi closet...en mi cuarto?
Enfrente del baño, junto a la recámara de los niños, está en orden ¿o.k.?
Soy policía, sé cómo usar armas, mi pistola está descargada... No sé qué
registro tiene... Yo ayudo a la gente, hago mi trabajo, hoy confisqué esa

mierda a unos vagabundos, ¿y? ¿Dónde está mi pago? ¿Por qué no puede hacerle un favor a un compañero? ¿Son nuevos? Ya podría haber muerto, es una emergencia real. ¿Soy el único que ha perdido su nariz...? No recuerdo, ¿por qué no me cree...? Dijo algo cuando hacía el pastel, tomó esa mierda de mis cosas, fue mi culpa... Se las quité a unos vagos, en un parque, había niños... ¿No tiene un procedimiento...? No me ha preguntado cómo es; quiero hacer un retrato hablado. Tengo fotos donde todavía está conmigo... Quiero hablar con otro operador, ¡me estoy muriendo...! ¡Por fin! Dígales que pasen por mí, la puerta no tiene llave... No quiero salir, entren y ya. Por favor, quiero encontrarla, no quiero morirme así... Tengo el uniforme puesto... Gracias, yo también.

(Cuelga. Abre la puerta. Luces azules y rojas iluminan la sala. La mujer despierta y prende un cigarrillo. Debajo del sillón la Nariz sale y golpea a la mujer en la cabeza con una lámpara, la Nariz asustada corre y salta por la ventana.)



Paúl Núñez

La Cajita Feliz

Brandon Lee Avila

Viví por nueve años en uno de los barrios más pobres de la ciudad. Esos espacios oscuros de la urbe que no importan a nadie, donde el aire tiene aroma a tabaco y el cielo se esconde tras edificaciones casi artesanales bien pegadas unas a las otras.

Mamá traía la comida del día con lo poco que ganaba, éramos los dos y nadie más, siempre los dos. Ella se las arreglaba para obtener su dinero con lo mejor que sabía hacer: coser. Era excelente en eso y tenía un poco de fama por aquí y por allá, esa fama de barrio bajo, esa que te alcanza para no pasar hambre más de dos días a la semana.

Si me pongo a pensar desde la amplitud del cómodo sofá en el que hoy estoy sentado, me doy cuenta que mamá encontró ese elemento de felicidad que tanto buscamos algunos, y lo encontró en lo poco que tenía. Amaba coser, en especial, le fascinaba hacer unos pequeños peluches y muñecos de estambre, era su pasatiempo. Recuerdo cómo en un viejo cuaderno anotaba ideas, bosquejos y más cosas que al día de hoy me llenan de sorpresa: para una mujer que no tuvo la oportunidad de educarse en forma, aquello podría parecer especialmente extraordinario.

—Me recuerdan mi infancia —solía decir cuando terminaba alguno de sus peluches que poco después desaparecían a cambio de unas pocas monedas.

Ella amaba tanto la aguja y el hilo que, trabajar con ellos no le era de ninguna forma algo infeliz. Me alivia mucho entender eso y me abraza el corazón recordarla ahí, con su sonrisa escueta pero perfecta, moviendo los palillos mientras el hilo o el estambre se consumía poco a poco como una mecha deshaciéndose por el fuego.

Eso no quiere decir que mamá y yo éramos felices en plenitud, la pobreza trae consigo cosas grises y tristes. Me culpo —y no, no puedo dejar de hacerlo— porque si es que había una variable de infelicidad en esa vida pobre, aquella variable tenía mi nombre.

Yo era un niño inquieto como cualquier otro, nunca fui muy bueno en nada, odiaba ver mal a mamá y por esa razón, tal vez, tampoco era un completo malcriado, no obstante, por aquel entonces los conceptos de economía eran más que un misterio: eran fantasía. No entendía el porqué de los lujos de otros; nosotros comíamos una o dos veces al día, sobre todo tortillas, plátanos y si había suerte, fréjoles que acompañábamos con muchas infusiones, porque incluso el café a veces era difícil de costear. Otros en cambio, podían comer hasta cinco veces por día y una variedad de cosas que yo sólo soñaba con probar.

Por eso cuando cerca del barrio abrieron el MacDonaldis, me enamoré. Pasaba cada que podía, cuando caminaba para ir a la escuela, cuando regresaba, cuando mamá me enviaba a comprar algo o cuando salía con los

amigos a jugar. Observaba sus carteles rojos y amarillos, con la fotografía de la hamburguesa perfecta y esa bebida negra tan querida con burbujas dentro. Por supuesto, lo que más admiraba era la cajita feliz. La gloria con la que los otros niños recibían la cajita feliz me llenaba el corazón de envidia. Y entonces sentí por primera vez la tristeza y la impotencia y entendí de mejor manera nuestra infelicidad.

Cuando llegó el mes de mi cumpleaños número ocho, mamá, en su ternura me preguntó:

—¿Qué deseas para este cumpleaños, será un bizcocho de guineo, calabaza o unos...?

—¡Una cajita feliz! —le interrumpí con ilusión. —¡Quiero esa cajita de felicidad mamá, por favor! Dicen que dentro viene un juguete sorpresa, que uno nunca sabe qué puede llegar...

En aquel momento no lo entendía bien, pues mamá me devolvió una sonrisa, procurando no interrumpir mi emoción. Su sonrisa, que para mí en ese entonces era de aprobación, hoy entiendo que era de lamento.

El día de mi cumpleaños llegó, estaba ansioso y emocionado, no podía parar de saltar mientras mamá se acercaba con las manos por detrás de su espalda, escondiendo la sorpresa. Traía puesta su ropa de trabajo de siempre, su mandil celeste, ese vestido crema con la blusa de flores y el pelo amarrado con un lazo.

Yo saltaba en mi pijama.

Mi corazón salió despavorido junto al grito más largo y emocionado que jamás he dado. La cajita feliz estaba ahí, frente a mí, no era una foto en un cartel, ni un sueño, era real. Un cubo rojo —aunque recuerdo que estaba un poco sucio—, con sus orejitas amarillas y una igual de amarilla sonrisa pintada en los laterales. Mamá lo había conseguido para mí.

El misterio de lo que adentro contenía era igual de emocionante como el hecho de que por fin, después de tantos días de ilusión, lo tenía frente. Mamá abrió la caja por mí y eché un vistazo ¡era maravilloso!

—Perdón, mi bolita de estambre —así solía decirme—, al parecer se han quedado sin hamburguesas, pero tenían una cajita que venía con un bizcocho de calabaza —dijo mamá mientras sacaba un rico pastelito del interior.

—No pasa nada, mami, pero ¿y el juguete? —pregunté.

Entonces me mostró la caja. Adentro, en una esquina, un muñeco de estambre descansaba plácidamente, era un león café con amarillo, tenía la cola larga y patas gordas. Sonreía con sutileza, como la sonrisa de la cajita feliz.

Abracé a mi madre con toda la fuerza que un niño extasiado podía tener, dejé el pastelito a un lado, no le presté atención sino hasta después, tomé al león y lo levanté por sobre mi cabeza, lo miré fijamente a los ojos, un reflejo de felicidad. Fue el mejor cumpleaños de mi vida.

Cuando mamá murió un año después, tuve la fortuna de haber sido

adoptado por una familia amable y amorosa. Jamás entendieron por qué, en las salidas familiares, siempre que pedía una cajita feliz, mi corazón se decepcionaba al ver esos fríos e inertes juguetes de plástico que tanto gustaban a los demás. No creo que alguien lo entienda nunca.



Paúl Núñez

Inventario

Roberto Antonio Remedi

Con la obsesión incansable de un banquero, observo las ruinas de una relación. Desde luego, los vínculos amorosos no son un negocio. Pero de vez en cuando se le parecen. De modo que ahora abro mi diario y reviso los movimientos de nuevo. Aunque todo está bien documentado, por algún motivo los números no cierran. Entonces cuento: un encuentro fortuito e increíble –éramos completos desconocidos–; media docena de cartas escritas –el deseo, evidentemente, no podía resistir ni al papel–; doscientos cincuenta y tres correos electrónicos –que guardo en un archivo, cada uno con su respectivo “asunto” y fecha de “envío”–; ochocientos treinta y dos encuentros –doscientos cincuenta y tres salidas al cine, trescientos catorce veces nos vimos en su casa y doscientos cincuenta y seis, en mi departamento–; veintiocho decenas de comunicaciones telefónicas concretas – y otras cuarenta y cinco de “llamadas perdidas”–; novecientos veintidós mensajes de texto –ciento dieciocho con errores gramaticales y de ortografía–; cincuenta y cuatro mil abrazos y besos –tres mil setecientos, muy formales, y cincuenta y tres mil sobrecargados de erotismo–; un millón doscientos seis preguntas sin respuestas –es decir, temas importantes acerca de los cuales nunca alcanzaré a saber absolutamente nada–; novecientos diez mil trescientos cuarenta y seis “disculpas” –por recurrentes idas y vueltas–; setecientos noventa y cinco “te quiero” –doscientos veintidós, a modo de cumplidos, y quinientos setenta y dos, sinceros–; y un “adiós” sin palabras –pero definitivo.



Paúl Núñez

Solicitud

Paulo Neo

La imitación no quiere decir
falta de autenticidad.

- Milan Kundera

Estimados Señores del Excelentísimo Gobierno:

Mi nombre es Roberto Walter. Sí, Walter no es otro de mis nombres, se trata de mi apellido: nada que hacerle. Soy un joven escritor con algo de experiencia en administración de empresas y puestos afines. Me encuentro en un mal momento financiero, más que malo, diría que pésimo. Sí, pésimo es más acertado.

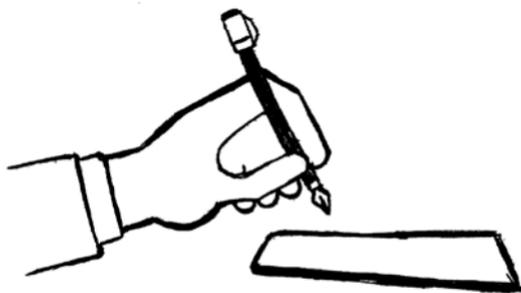
Me tomo la molestia de escribirles para brindarles la posibilidad de que me ofrezcan un puesto acorde a mi capacidad, en cualquiera de las amplias y luminosas oficinas que su Gobierno ocupa en la actualidad en la zona céntrica de nuestra querida ciudad. Mis pretensiones no son exageradas: con alguna pequeña labor administrativa cómoda y agradable, los implementos necesarios, un buen y muy limpio escritorio y un sueldo digno de mi posición, me doy por complacido. Como podrán Ustedes apreciar, hago profundo hincapié en el uso de un vocabulario preciso y adecuado, sin importar el tipo de redacción que sea, pues ello me parece la mejor manera de entablar relaciones, sobre todo las laborales, como es éste el caso. O podría serlo, claro está. A propósito del asunto, se me vienen a la imaginación las hermosas palabras del gran Albert Camus, aquellas que bien dicen: “Todas las desgracias de los hombres provienen de no hablar claro” y que doy por descontado que seguro Ustedes ya conocen, por ser gente instruida y de inquietudes culturales amplísimas, según corresponda al cargo que buenamente ocupan y consta en cada una de sus manifestaciones, sobre todo las de carácter público, deleite de los lectores y estudiosos de la palabra y de todas las ciencias sociales.

No creo sea necesario aclarar que estoy muy bien capacitado para ejercer las funciones que me serán asignadas en su distinguida y apreciada gestión. Si me he tomado la libertad de redactarles esta misiva es porque considero que no existen dudas al respecto.

Soy de naturaleza delicada, razón por la cual no solicito uno de los grandes puestos o alguna de las jefaturas del primer orden: a mis pocos años he entendido que la modestia es la madre de todas las virtudes. Con lo que, les ruego, no cuenten conmigo para tareas que requieran un esfuerzo titánico o acaso, un compromiso abrumador. Como dije con anterioridad, con una pequeñísima e inconsistente labor, soy feliz. Tan feliz que incluso podría aventurar que es el

trabajo de mis sueños. O mejor aún: el tipo de trabajo que uno puede realizar como si lo hiciera en un sueño plácido y venturoso. Como aquellos en los que se sueña con el ser amado, ni más ni menos. Y el viento le mece a uno los cabellos y el sol se esconde entre el borde filoso de las montañas mientras un velero se aleja surcando el lago, que resplandece enorme, cansino. Todo en un ambiente vaporoso “como la esquizofrenia de un perfume”, como supo decir don Emil Cioran. A quien también doy por descontado que seguro Ustedes ya conocen. La sinceridad reviste mis palabras y la nobleza inunda mi grande corazón. Sin más, espero vuestra distinguida respuesta.

Atentamente, Roberto Walter



Paúl Núñez

A la espera

Ramón Carmona Barrios

Prepárese para lo peor, me dijeron. Así me lo dijeron, mi amor, pasadas sus malditas 72 horas después de tu desaparición, pero es que no sé qué es lo peor. ¿Qué no lo peor es saber que, hace meses que te busco y no te encuentro? ¿Qué no lo peor es saber que llevo meses buscándote sin saber nada de ti? ¿Qué es peor para una madre que una hija arrebatada; qué es peor? No lo entiendo.

Me quedo pensando y no llego a nada. Quizá el pensamiento es así cuando un problema te llega de golpe. Y a ti te arrancaron de mí, te arrancaron de golpe.

Ya no sé mi amor, si seguirte buscando o si quiero que seas tú a la mujer que tengo que ir a reconocer. Reconocer el cuerpo. Eso llevo haciendo meses. Ir, ver, decir que no, que esa mujer deshecha no eres tú. (Tú tenías un tatuaje en el brazo derecho. Ése por el que tanto te regañé y ahora me sirve para identificarte). Porque es ir y lamentar a la mujer que está tendida en una plancha, y llorar. Llorar por ella que la buscan y por ti que te busco. Llorar por ti y por mí. Llorar por lo que traigo y por todo. Llorar. Salir y llorar. No poder quitarme el olor a muerte. A desgarradura. A impunidad. No poder quitarme el olor de la mujer que vi. Ni quitarme su imagen. Soñar con ella. Contigo. Soñar que un día eres tú. Soñar que hueles a muerte. Soñar con tu cuerpo mutilado. Soñarte a veces sólo con tu brazo. Soñarte.

Despertar.

Dolerme el estar viva.

Dolerme la vida.

Me piden que vaya de nuevo a identificar un cuerpo. Identificar un cuerpo, lo dicen como si nada. Como si no hubiera miles de mensajes debajo de ése. Como si decir identificar, no quisiera decir tener a tu hija muerta delante de ti, como si decir identificar no quisiera decir felicidad arrebatada, impunidad, injusticia, tristeza. Como si decir identificar no quisiera decir que te mataron.

Si voy es porque identificar tu cuerpo sería identificar también el mío. Si ésa eres, si esa mujer que encontraron eres tú, yo lograré encontrarme. Estoy perdida. Así me siento desde el minuto uno de esta búsqueda sin final.

La primera vez que me llamaron, esa primera vez, todo cambió en mí. ¿Señora Palafox? Sí, dígame. Necesita ir de inmediato a la SEMEFO, un cuerpo con las características de su hija ha sido encontrado, requerimos que se presente lo antes posible para determinar si el cuerpo de la víctima es el de su hija.

Silencio. No pude responder. El frío invadió mi cuerpo, por un momento pude haber creído que mi cuerpo era, sin dudar, un témpano. Heladas mis manos, mi temple, mi ánimo y mi alma. Podría decir que por unos segundos de mi vida, estuve muerta, pero no tan fría ni tan muerta como la noche aquella en la que no regresaste a casa.

Sí, dije, me dio la dirección y colgué. Colgué porque no quería escuchar más datos, no quería que me dijera que la mujer encontrada tenía un tatuaje en el brazo derecho. No quería escuchar que la mujer que encontraron jugaba con su cabello cuando estaba molesta o que rechinaba los dientes para no explotar del enojo. No quería escuchar que la mujer a la que habían encontrado sin vida, era alegre y buena bailarina, que era una estudiante con un futuro prometedor, que era trabajadora y que era una buena hija y que no había dado nunca problemas y que nunca se había ido de casa tanto tiempo, por eso la sospecha de que algo le había pasado era evidente cuando no regresó a casa. No quería

escuchar que la mujer que habían encontrado eras tú. Tenía miedo de escucharlo, de que me dijeran que sí, que sí eras. Nunca he querido que seas tú y sin embargo, sí quiero. Es una paradoja, del amor de madre, y de la certidumbre de un humano.

Quiero que seas tú, porque estoy cansada de contestar el teléfono esperando oír tu voz o que sea alguien con información sobre ti. Estoy cansada. Cansada. Desprotegida. Con miedo. Con una ausencia grande en mi vida. Tu ausencia, mi niña, es la pena más grande que jamás creí tener. Los párpados se me han caído. La cara se me ha demarcado. Tanto te reías de mis cremas antiedad que me ponía y ahora tu ausencia superó al tiempo y la vejez. O quizá no es tu ausencia. Quizá realmente es que el tiempo ya pasó. Quizá llevo siglos buscándote. Llevo años con tu ausencia. ¿Cuánto dura el coraje de una madre? Porque yo no me canso de buscarte. Te busco porque buscarte es encontrarme a mí también. Sin ti, me perdí. Ya no sé quién soy. Soy una piltrafa humana buscando a su hija. Quizá si te encuentro no me vas a reconocer, pero seré yo, mi niña. La que tanto tiempo te buscó. Quizá te digan que vayas a reconocer el rostro de tu madre y tú digas que no soy. ¿Y si eso me pasa contigo?

Pienso esto en el transporte público.

Llego a la SEMEFO.

El frío del lugar coincide a la perfección con el frío de mis manos. Tiemblo. Tiemblo porque mi cuerpo está recordando qué pasará: abrirán la plancha y el cuerpo de la víctima irá saliendo poco a poco, pero encima tendrá una cobija blanca. Blanca, inmensamente blanca. Algunas veces, las menos, una mano de la víctima cae, rueda por inercia, por la falta de fuerza que el cuerpo ya no aplica. Y después, destapar. Destapar para ver el rostro de la víctima y si es que, acaso no lo deshicieron, si no lo destajaron. Si no, si el rostro está mutilado, descubrirlo lentamente. Y bajar un poco más la sábana. Ver el desnudo cuerpo de la desnuda víctima. Los muertos no tienen pudor. Tú sí lo tenías, mi niña. Tú eras pudorosa y no te gustaba que vieran tu cuerpo. Por eso espero que seas de las que no maltrataron su rostro, para poder verte solo la cara y que si alguien tiene que verte, sólo lo haga del rostro y no vean tu cuerpo. Y después de ver el cuerpo decir sí o decir no. Esa no es mi hija. O por fin, después de tanto, decir sí. Y llorar. Llorar. Porque uno eso es lo que hace cuando se encuentra en esa situación. O no sé. Abrazarte. Aferrarme a ti. Al cuerpo que está, al que encontraron. Aferrarme a ti. Quererte despertar. Si la muerte es un sueño eterno, quizá el grito desesperado de tu madre pueda despertarte.

Y revivas o yo muera contigo.

Huele a hospital. Huele a muerte. Huele a cloro. Huele a sin ti.

Llego a la plancha.

Sacan el cuerpo.

Ahí está la blanca sábana que cubre al cuerpo desnudo de la desnuda víctima que, parece estar a la espera de que por fin, el perito le quite su blanco lienzo que la cubre. Y estar a la espera de que yo diga si esa mujer que está ahí es o no, mi hija.



Paúl Núñez

El tigre de Sarajevo

Mario de la Piedra Walter

¿Para qué seguir viviendo?, se dijo Sofía una mañana de verano mientras miraba a través de la ventana dos pájaros pelear por una rama. Todos quieren un pedazo del mundo, pensó, y se observó en el reflejo. La faja comenzaba a ser insuficiente para cubrir el vientre que se abultaba. Respiró hondo y colocó sus manos por debajo de su ombligo, presionó un poco y con los ojos cerrados sintió entre sus yemas la respuesta a su pregunta. De pronto, una melancolía inmensa le llovió entre los párpados y sintió pena por esa criatura que tendría que habitar los restos de futuro.

Un golpe en la puerta le hizo abrir los ojos, el automóvil estaba afuera esperándolos. La estola de piel de zorro que su marido le había regalado haría el paseo insoportable. Buscó sus anillos en el joyero de porcelana china y antes de salir miró los extraños dibujos sobre la tapa: doce animales rodeando un círculo mitad blanco y mitad negro. La mayoría de esos animales los había visto en el largo viaje que realizó junto a su esposo circunnavegando el Pacífico. Aficionado a la caza, la diplomacia parecía un pretexto para acrecentar su colección y ella lo hubiera seguido hasta que los mares se secaran.

Subió al automóvil y durante el camino hizo un esfuerzo por recordar el local en el puerto de Hong-Kong donde adquirió el joyero. La memoria se le nublabla por la llovizna que convergía en ella. Recordó el cielo metálico que resonaba blandiendo sus láminas. Una anciana había salido del puesto cargando la pequeña caja. Nuestro destino está trazado desde el primer respiro sobre la tierra, le dijo en un inglés quebrado, a cada año le toca un animal y a éste un elemento, dependiendo del tiempo solar de nuestro nacimiento se nos asigna también un animal secreto. Esta combinación dicta cada uno de nuestros pasos y sólo hace sentido con nuestra muerte. Los labios de Sofía se azulaban entre el frío y el apretar de sus dientes. ¿A dónde me llevará mi camino? le preguntó con voz de cristal. Nuestras vidas no son rutas hacia algún lugar, son círculos que al concluirse abren otros círculos, replicó la anciana. Quiso preguntar más, pero las sirenas de los barcos apresuraban la salida ante el mal tiempo. Sin añadir más, la anciana le obsequió el joyero y, desde entonces, Sofía no podía dejar de mirarlo. De todos los animales, el que más le impresionaba era el tigre. La mirada quieta, el resplandeciente sol de su pelaje, las rayas como relámpagos cruzándole el lomo, las garras abiertas como flores. Había leído que el tigre era un símbolo de valentía, que bajo su signo se tallaba la aventura, pero también el exceso de riesgos. Ella no se consideraba valiente, pero en definitiva lo había arriesgado todo. Comprometerse le había valido abandonar a su familia; en un país regido por las clases sociales, era intolerable que alguien como ella compartiera la mesa con su marido. Cuántas veces tuvo que aceptar las puñaladas que los ojos de las demás parejas le infligían durante los bailes. Cuántas veces los susurros taladraron sus tímpanos cada vez que tomaba la palabra. Ella po-

dría soportarlo todo, al menos eso se decía. No obstante, en los cimientos de su alma quedaba la cicatriz de haber tenido que renunciar al derecho de herencia de sus hijos. No es valentía aceptar la derrota, se dijo entre dientes mientras el automóvil, que había dado una vuelta en falso, se detenía para girar en reversa.

Rememoró la punzada que sintió en el pecho cuando su marido le mostró orgulloso el tigre que colgaría como trofeo. Miró el color a hoja seca de su pelo, las rayas camufladas de sangre, los ojos completamente apagados. Sin poderse explicar, sintió en aquel momento que a ella también le desprendían la piel, que también era un trofeo. Se imaginó los últimos segundos del tigre, elegante e impasible esperando de frente la detonación. Casi pudo escuchar los disparos o fue el ajeteo de la gente a su alrededor. Miró a su derecha y encontró a su marido pálido intentando detener la fuente vinosa que le brotaba del cuello. Sintió entonces un vacío en el estómago, como si tiraran de sus intestinos. Palpó con sus yemas la faja ensangrentada dónde antes había encontrado una respuesta.

Los reportes sobre esa mañana de 1914 fueron: “Asesinan al archiduque Francisco Fernando de Austria junto con su esposa”, y en el borde superior derecho, “al fin llegó el año chino del tigre.”

Berlín 2022 (año del tigre)



Paúl Núñez

Destino

María Elena Sarmiento

Al fin llegó el año chino del Tigre. La adivina le había dicho que era cuando alcanzaría la cúspide. Caminó mirando los coches estacionados. Regresó a elegir la llave que pensó sería la correcta. Al oprimir el botón, se abrieron los seguros eléctricos. Se subió al convertible y se fue sin mirar atrás.



Paúl Núñez

Descapotable

Francisco Duarte Cué

Se subió al convertible y se fue sin mirar atrás, tal vez sin saberlo, pero a casi nada de cumplir un viejo ideal nacional que todo individuo exitoso debe mantener en su mente: un Cadillac, un puro y un boleto para los toros. Le faltaba el puro, y para ello agarró camino por la avenida Central con rumbo a “El sabor del humo” (boutique & atelier) en donde le estarían esperando tres piezas medianas de tabaco de San Andrés recientemente torcidos.

Llegó en cosa de veinte minutos y mientras finiquitaba el pago de su encargo, uno de los empleados estampaba sus iniciales en la vitola de los puros, impresión realizada sobre el escudo de la exclusiva tienda. Pensó en encender el primero del paquete, pero decidió esperar para después de la comida y el inicio del paseillo a eso de las cuatro y media de la tarde. Se le hizo tarde para atestiguar la rifa de los lotes, pero el prestigio de la ganadería respaldaba la corrida entera; aunque, por el otro lado, era muy temprano para pasar por Maricé y llevarla a comer antes de la gran fiesta brava.

El tráfico citadino, a pesar de ser domingo, le ayudó a perder algo de tiempo y llegar por su cita a una hora, para ambos prudente y cómoda, como para seguir el resto de su tarde. Bajó de su orgullo motorizado, tocó el timbre y esperó casi nada para verla llegar; sonriente, con su caminado bamboleante y un aroma de cítricos perfectamente mezclados que la envolvía y seguía mientras se desplazaba: así se le acercó para darle un beso de inicio.

Tomaron camino rumbo al restaurante que había escogido más por la cercanía con la plaza que por la calidad de su cocina y también presentaba la enorme comodidad de que ahí, en ese estacionamiento, podían dejar el auto descapotado pues estaba techado. Los llevaron hasta la mesa que se había reservado y les entregaron las cartas que estaban plagadas de nombres taurinos de antaño: Garza, Armillita, Silverio, Eloy, y muchos más que ahora daban nombre a los platillos del restaurante. Se decidieron por un plato Curro al centro y un par de filetes Gaona, nada de postre porque el tiempo ya estaba haciendo de las suyas.

En la plaza se sentaron sobre unos cojines rojos bastante mugrosos, pero mejores que el cemento, la fiesta inició a los minutos de su arribo; y a partir de ese momento no paró de hablar con todo y el puro en la boca. El paseillo, el capote, la de varas, el arrastre, parecía saberlo bien, pero su extrema afición empezó a calar hondo en el hígado de ella.

Lo que se suponía sería una agradable tarde dominical era ya un pequeño desastre apuntalado en la presunción del éxito moderno para todo hombre: un coche bueno, boletos para un espectáculo caro y un puro, pues, para no dejar. Por suerte la corrida era de un aniversario especial y solo lidiaron 4 toros; terminó pronto y así fue que su retorno hacia la casa de donde salió a mediodía fue antes de lo calculado.

Al llegar a la puerta de su casa, se acercaron para un beso de despedida. Ella entró como con algo de prisa; él fue, casi corriendo, a su auto y tomó el puro del cenicero lo más pronto que pudo para reavivar la brasa. Le dio dos o tres bocanadas, encendió la marcha y emprendió hacia sus rumbos.

Maricé llegó a quitarse la ropa y meterse a la regadera, le urgía bañarse, quitarse el tierrero de la plaza y sus cojines, el olor a humo del puro y lavarse muy bien los senos que tanto intentó tentolearle su acompañante. En eso estaba cuando al enjabonarse un ataque de risa cómplice hizo su aparición. Harta de oír sobre tanto éxito en una sola persona y su promesa, (nunca antes hecha), de compartirlo con ella, la llevó a dos cosas: una, a declinar y darle las gracias diciéndole que era lesbiana; la segunda, darse cuenta que un futuro de puros cuentos... ¡Era espantoso!

El tiradero

Virginia Meade

¡Era espantoso! Estaba batida hasta los codos. Es 1983, recién casada, primeriza, eso sí, entusiasta de gobernar la casa, trabajaba en un bufet de contadores que exigía mucho tiempo porque los dueños nos exprimían como naranjas para jugo. Afortunadamente, luego de trabajar, llegaba a nuestro depa para lo cotidiano. Una tarde que salí temprano pasé al súper para comprar los ingredientes que se necesitaban: manteca IMCA, harina, el polvo de hornear, azúcar, sal y un comal grande. Toda esa lista se dio porque en la calle de Ámsterdam, hay un pequeño local donde venden unas maravillosas tortillas de harina de sal, grandes delgaditas elásticas, en fin, perfectas y, también tenían la versión con azúcar, muy sabrosas y que no necesitaban nada para saber maravillosas con el café y eran mi inspiración esa tarde. Yo veía a mi mamá hacerlas, pero nunca ejecuté su preparación, sólo sabía que, en lugar de agua fría, se usaba tibia.

Nunca mejor dicho, que puse manos en la masa. Al contrario de lo que yo esperaba, la masa era tan elástica y pegajosa que mientras más harina o azúcar y agua le ponía, en más líos me metía. La masa era una especie de bestia salvaje que tenía vida propia. En un santiamén yo la tenía adherida a los brazos, la cubierta de la cocina, las cucharas para batir, el fregadero, las llaves de agua y creo que reptaron hasta el techo. Quería que mi madre, quién vivía en el departamento del otro lado del pasillo, me auxiliase, pero, cuando busqué su ayuda me di cuenta que la luz estaba apagada, así que no podía rescatarme.

Cada vez se acercaba más el momento en el que llegaría mi esposo, así que vencida, me senté a esperarlo sentada en una silla para que me despegara la masa. Cuando llegó, no preguntó qué me había pasado, se carcajeó mientras me limpiaba con un trapo húmedo. Al terminar me dijo: Te invito unas quesadillas de la señora Pachita cuando se ponga el puestito de deliciosos rellenos en el zaguán. Mientras me comía mi quesadilla de consolación, le dije a mi esposo: no será hoy, pero jamás me daré por vencida.



Paúl Núñez

En busca del silencio

Magy Otaduy

Jamás me daré por vencida. Decido abandonar mi santuario y me levanto del cómodo sillón de lectura para iniciar la práctica cotidiana de caminar en el malecón. Uno, dos, tres, cuatro,... Esa absurda manía de contar los pasos al andar que, sin embargo, establece el ritmo y ayuda a comenzar el camino. Antes de llegar al número veinte, ya estoy divagando: “¿Qué pasa! ¿Has olvidado ya, que no te darás por vencida?”

Treinta y tres, treinta y cuatro, treinta y cinco... El atardecer hace su magia y confirma que ha sido un acierto salir del sillón que acoge mi desconcierto. Los atardeceres del Mar Mediterráneo, en la costa del Levante, se conocen por todo el mundo, a través de postales que muestran el enorme sol naranja en el horizonte sobre las aguas. No cabe la menor duda, son espectaculares, sobre todo en los meses de invierno. A veces caigo en la tentación de fotografiarlos, pero siempre será mejor vivir intensamente el momento, pues no hay píxeles capaces de reproducir esos recurrentes regalos de la naturaleza. 152,153,154,...

Casi nunca se escucha el mar en este malecón donde las olas son débiles y el agua permanece sin mayor movimiento. Pero hoy, las olas revientan con fuerza. 388, 389, 390... Me pregunto, “y ahora, ¿qué voy a hacer?”.

Es necesario cambiar mi estado de ánimo; quizá sea el momento de un viaje, Ya lo dijo Octavio Paz, “lo mejor será hacer el camino de Galta”, mas no pretendo definir mi relación con el lenguaje, sino vivir una experiencia en un Ashram sagrado. ¿Por qué no? Pierdo la cuenta. Uno, dos, tres, cuatro,...

He llegado a Jaipur, en Rajastán. Se dice pronto, pero a pesar de la aparente cercanía entre el Oriente Medio y el subcontinente asiático que ocupa la India, ha sido necesario, además de trayectos en tren y autobús, tomar dos aviones con sus respectivas visas, colas y revisiones, indispensables en el largo proceso de viajar, después del tan sencillo click y pagar, en el sitio web de Indian Airways.

En el camino hacia los templos de Galta ji, que se encuentran a 10 km. al este de Jaipur, me acompaño de diferentes grupos peregrinos. Casi todos ellos son de mujeres que van vestidas con elegancia, con saris color rojo intenso o amarillo brillante. Van quedando atrás la Ciudad Rosa y luego, los pequeños templos, dedicados a distintas deidades, con sus largas cúpulas labradas, algunas muy coloridas, al estilo hinduista.

Tras el largo recorrido, me encuentro, de repente, ante la puerta de Galta ji, en una cañada entre las colinas de Aravalli que acogen los templos, sus monjes, sus vacas, sus monos, sus aguas benditas. El camino es de tierra y la puerta es de barrotes de metal, una entrada muy mundana para lo que promete ser un oasis de meditación, purificación y bendiciones. Al lado de dos vacas que me acompañan en el camino, avanzo hasta encontrarme entre los templos de Galta ji. Su construcción que data del siglo XVIII –muy reciente, en una cultura y conforme a creencias ambas milenarias– me transporta a un mundo distinto. En las paredes de los templos, se observan frescos con imágenes épicas que evocan pasajes de los libros sagrados. Los habitantes son yoguis que han dejado todo para dedicar sus vidas siguiendo los principios del hinduismo y buscar la iluminación. Uno de ellos, vestido con tan solo media túnica color amarillo invita a ingresar en uno de los templos, el de Shri Sitaramji.

Es el mediodía solar, el momento en que, en el observatorio astronómico Jan-

tar Mantar, las sombras se esconden por completo bajo los objetos. El sol deja caer toda la fuerza de sus rayos sobre mi mente. La música empieza a llenar los espacios de Galta ji. Tambores y cantos repiten el ritmo de mantras buscando sanación. Los peregrinos entonan y ofrecen flores; los monjes reparten bendiciones. Observo, aprendo, me cuestiono: “¿Por qué he llegado hasta aquí?” Me regresan las imágenes de tristeza, desolación y desesperación. Pero el ritmo de la música del templo continúa y se repite con constancia. Mi mente deja de divagar entre recuerdos y desencuentros para escuchar, y solo escuchar, mientras escucho. En medio de este trance entre tambores, cantos e incienso, un monje me conduce al interior de un nicho del Shri Sitaramji. En un ritual que impacta por su fuerza que desconozco y que, a la vez, asimilo sin cuestionar, recibo una bendición que me llena de paz mientras me doy a mí misma el derecho a desear, a ser parte del futuro, cualquiera que éste sea,...a vivir. El monje pide que extienda mi brazo y enreda un cordón que envuelve la muñeca, como si fuera un brazaletes. Debo conservarlo como símbolo de que mis deseos por vivir han sido escuchados.

Al salir del templo, me percató de la gran cantidad de monos sobre los frisos. Algunos corren y brincan entre los diferentes niveles de los templos. Otros parecen estar leyendo las historias de los textos sagrados que cuentan los frescos y que adornan los muros. Otros más observan con cierta malicia a los peregrinos para, quizá, hurtar alguna prenda curiosa. Son dueños del templo pues aquí se venera a Hanuman, el dios con aspecto de simio. Algún turista busca atraerlos con comida y ruidos extraños mientras los monos observan, a su vez, este extraño comportamiento. Parecen indecisos entre aceptar el regalo o responder a la agresión.

Retomo el recorrido hacia uno de los estanques sagrados donde los peregrinos se purifican ritualmente. Los tambores no dejan de inundar el ambiente con su sonido absorbente. Sigo el ritmo, que de tanto repetirse en mi mente, comienza a ser silencioso. Ya sólo escucho mi respiración cuando un terrible estruendo me interrumpe.

El sonido, que ahora proviene de aviones militares, me obliga a buscar en el horizonte. El inmenso sol rojo, a punto de desaparecer en el fondo del Mar Mediterraneo, se parte a la mitad por la imagen de los dos aviones Strike Eagle que de seguro, van en misión relámpago al país vecino. ¿5500?...De nuevo he perdido la cuenta. ¡Qué más da! 5501, 5502, 5503,... Me ajusto el brazaletes de cordón mientras trato de recobrar mis pensamientos. Es imposible. Tan sólo me queda el anhelo por recuperar el silencio mediante el ritmo de mis pasos, mientras lamento: ¿Para qué tanta violencia?



Paúl Núñez

La extranjera

María Elena Sarmiento

¿Para qué tanta violencia?
Siempre sonrío y obedezco.
Desde niña.
Pocas veces mamá tuvo que usar esa mirada amenazante
con la que hoy mi hija me reprocha en silencio.

¿Qué hago mal?
Mis manos, arrugadas permanecen quietas.
Intento acatar las órdenes médicas:
caminar todos los días,
meditar un poco,
saltar la cuerda para no ser jamás la barrigona.

¿O no fue eso lo que me recetaron?
¿Tenía que leerle un cuento a mis hijos por las noches?
Estoy segura de que tuve un varón y una nena.
Al niño no lo he visto hace siglos.
La mujer que yo crié no puede haber olvidado
la dulzura con la que nos tratamos.
Ésta ha de ser una enfermera.

¿Cómo pude confundirme?
Insisten en que estoy en mi habitación,
sentada en mi sillón favorito,
pero las puertas están cerradas y
ni la mirada puede correr libre a través de
los barrotes de las ventanas.

Palabras extranjeras retumban en mi encierro.
Esperan que conteste en un idioma que no entiendo,
que coma cuando quieren y le ponen hora a mi siesta.
Recuerdo que en algún momento hablé de libertad.
Espero que no haya sido un sueño.

¿Ésta será mi casa, un sanatorio o prisión?
¿Mi supuesta hija será heroína o villana?
No quiero contestarle.
Resultaría engorroso localizar a un intérprete.
Voy a crear mis propios cuentos en la mente.
Yo siempre encuentro la manera de ser feliz.



Fui barricada

Arturo Villafranca

Yo siempre encuentro la manera de ser feliz, o al menos siempre creí encontrarla —dijo mi abuelo, tras secar sus lágrimas aquella vez que lo descubrí llorando—. Aún, cuando mi padre nos abandonó, retirándose definitivamente de aquel campo de batalla, cuando la enfermedad ya había conseguido traspasar las trincheras de mi madre.

Sí, siempre encontré la manera de ser feliz... pese a la abrumadora angustia, hambre y hielo que de a poco derruían los huesos, músculos y carne de éste, el único soldado en pie. Fui barricada, cuando se requirió encontrar la manera de soportar lo necesario con tal de socorrer a los que amaba, aunque ello implicase el sustituir mi columna por un trozo de mástil proveniente del navío de mi inocencia, a poco de encallar.

Era feliz, cuando imaginaba, construyendo su nido en tierras lejanas, a los sueños que dejé volar cuando me vi en la necesidad de intercambiar al corazón por piedras. Se es barricada, cuando se elige sustituir el propio estómago por un tonel agujerado, buscando así, que las infames raciones alcancen para alimentar las bocas suplicantes de los hermanos.

Me pensaba feliz... aunque fuese por un instante, cuando con gratitud infinita miraba hacia abajo para encontrar, en lugar de piernas pueriles, dos grandes cañones oxidados que continuaban aportándome la fortaleza y solidez necesarias para resistir.

Desde aquel día, tras ver el cómo sus cuerpos fueron arrojados a la fosa, sin descanso he susurrado a los espacios la arenga que entonces clamaba para mis adentros: «¡Adelante! ¡Algún día lograrás sentir que todo valió la pena!».

Hoy, Viktor, si me encuentras llorando, es por que al fin lo sentí; al fin, escuché al avejentado y exhausto rostro en el espejo, pronunciar el nostálgico y tan anhelado... te lo dije.



Paúl Núñez

No me escuchas

Cecilia Durán Mena

1.

Te lo dije. Te lo dije, pero no me escuchas. Cierras tus oídos a cal y canto, a piedra y lodo. No te importa lo fuerte que emerja mi voz ni lo brutal de mi presencia: me ignoras. No me percibes ni con el aire en movimiento ni cuando el viento está en calma. No me pones atención cuando te contemplo desde la quietud ni cuando mis corrientes vertiginosas te buscan con desesperación. No admites que me deshago en los deshielos ni te percatas de que estás provocando una tragedia. No oyes los gritos de tristeza del jaguar ni del coyote ni los lamentos del ave zacuín ni el ulular de los tecolotes. No atiendes los estertores de la pérdida infinita.

Te lo dije. Te lo dije, pero no me escuchas. Te encierras en tu caparazón, como si fueras un molusco al que no le interesa su entorno. Te crees un ser autónomo, inconexo y no te enteras del cordón indefectible que nos une. Me desoyes como si fueras un ser eterno, como si pudieras convertirte en oro o transformarte en jade, como si fueras a estar de pie por los siglos de los siglos. Me dejas de lado, incluso cuando mojo la aridez de tus pies o cuando alimento tu piel hambrienta. Das por hecho la generosidad con la que te baño con cortinas de luz y te rodeo de flores y trinos. Me pregunto si alguna vez echarás de menos mis cantos perdidos, si sabrás que se han quebrantado y jamás se podrán recuperar.

Te lo dije. Te lo dije, pero no me escuchas. Te advertí que me necesitas y que tu desprecio no trae buenos frutos; de tus insultos no germinan flores hermosas; de tus ultrajes no cosechas más que amarguras. Me descuidas, me ensucias, me destruyes. Me avientas tus despojos, me como toda tu basura, se me filtran tus insecticidas, me envenenan tus residuos. Necesito que me ayudes. ¡Ayúdame!

2.

Te lo digo, pero no me escuchas. Te irás, como se van todos. Te desdibujarás como esas rayas de gis blanco que se borran con el paso de los días. Pero, tus huellas de tizne quedan más allá de tu presencia. Te irás secando, como los pétalos de la siempreviva, como los troncos de los abedules, como las raíces de la buganvilia. Serás esa selva que se reduce, esa vida vegetal que se apaga, esa desertificación que se ensancha. Las patas del grillo berbiquí no producirán estridulación alguna. Los vapores de tus chimeneas te ahogarán. Regresarás a mí, como un bulto que tiene el corazón quieto y los pulmones rígidos. ¿Comprenderás entonces las voces que quisieron advertirte?

3.

Te lo seguiré diciendo con botones de flores que abren sus corolas, con chubascos de gotas finas que te cantan al golpear con el suelo. Te lo seguiré diciendo cuando se yergue la aurora cada día, con el grito del suelo, con el gemido del trueno. Te lo empezaré a decir con tormentas embravecidas, con olas enojadas, con vientos disgustados, con calores abrazadores y con fríos de los que te provocarán el castaño de dientes. Se hastiarán tus ojos de observar mi tristeza, se parará el corazón frente a mi poder, se te pondrá la piel de gallina.

Te lo seguiré diciendo con frutos de distintos tamaños y con sus aromas, con los cantos del gallo o del jilguero o del canario, con nubes sombreadas de violeta y rosa, cuando el sol despunta y cuando se rinde a la tarde. Te lo seguiré diciendo con el vuelo de las águilas y con el rugido de los tigres, te lo repetiré con los pasos de los ciempiés y con los capullos de las orugas, con ese anhelo de que restituyas la comunidad, la nobleza, la vida. Continuaré en mi afán por sombrear a los que han de vivir en la tierra. Tengo muchos sueños que te quiero hacer comprender.

A.

Abre los ojos, esto es serio. En el interior del cuerpo, hay un resonar de voces que cantan, que gritan y se mueven como conejos que son perseguidos por un zorro muy agresivo. Son alaridos y señales poderosas que resuenan tan fuerte sin que logre entender el léxico en el que se comunican. El torrente sanguíneo se ralentiza, ese cuerpo es una región misteriosa, ajena y ajada; un territorio de guerra en el que resuena un tambor que vuelca el estómago al revés y las entrañas se resecan frente al rumor que no se logra comprender.

El llanto se extiende y las lágrimas gotean, se escurren sin recato. Tienen sabor acedo y huelen a rancio. Levántate y corre. El reflejo asusta. Parece que fue ayer que se miró, esta seguro de que su imagen era otra. Tan sólo hoy por la mañana era más lozana. El espejo le diría otra cosa.

No digas que no te lo dijo. No digas que no te lo advirtió. Te sorprendes. Claro, pensarás. ¿Entenderás?

Tenía años de no mirarse en el espejo.



Paúl Núñez

Premonición

Alejandro Magallanes

Tenía años de no mirarse en el espejo,
queriendo saber qué se sentía
percibir el tiempo sin el reflejo,
de su rostro envejeciendo día a día.

Días que se acumulan, yo los dejo
derramarse con un único testigo
siento las arrugas y perplejo
sin pensarlo mucho
me veo moribundo y me digo:
lo prometí y lo sostengo:
¡Sólo contigo!



Paúl Núñez

El infiel perpetuo

Juan Antonio Díaz Becerra

¡Sólo contigo! Lo prometí y lo sostengo. Una vez más sin querer escucho esta consabida oración, ya ni en esta cafetería donde estoy saboreando un delicioso café capuchino puedo estar en paz.

En esta ocasión fue dicha por una mujer al que supongo que es su novio o esposo, aunque a lo largo de mi vida la han pronunciado mujeres y hombres de todas las edades y niveles sociales, hasta parece que se ha convertido en un mantra de cualquier relación.

He perdido la cuenta de cuantas veces la profirió mi padre mientras que en verdad buscaba la paz de su carne en cuanto cama podía, no se guiaba por un gusto estético, sino simplemente por el deseo de descargar su tensión de manera inmediata, eso sí, dándose baños de pureza pues no perdía ocasión para dar lecciones de moral o proclamar lo mucho que amaba a mi madre.

Todavía taladran en mis oídos frases como: la familia es lo máspreciado del mundo, sin amor nada es posible o tu madre es lo máximo y mi vida no tendría sentido sin ella. De seguro mientras pronunciaba esas palabras su mente recordaba la infinidad de veces en que sus manos se entretenían en cualquier entepierna de las mujeres a su alcance y de cómo su vista se posaba en las nalgas o pechos de las mismas.

En esta hipocresía total, un día festejaron sus cuarenta años de matrimonio. Se organizó una gran fiesta, en donde lo que más recuerdo son los cálidos abrazos de mi padre a cuanto mujer se le acercaba a felicitarlo y cómo se distraía al fijar su mirada en las piernas de las chicas con falda corta, sin importar que fueran extrañas o parte de la familia extensa.

Debo aceptar que mi madre no fue una santa, también tuvo un currículo lleno de aventuras extramaritales, con la única diferencia que era más discreta y no lo gritaba a los cuatro vientos.

No es de esas infidelidades de las que quería reflexionar sino de la mía. Nunca he creído en el amor exclusivo, sé que he sido infiel por obra, pensamiento y quizá hasta por omisión. Para qué prometer algo que no se va a cumplir, sabiendo que la tentación está a la vuelta de la esquina.

Basta una mirada, un roce, una palabra, una intención y se descubre si hay chance o no, aunque en realidad la mayoría caen sólo que unas requieren mayores esfuerzos y tiempo que otras. Y las que no acceden son las mojígatas o las que no han descubierto su verdadero potencial sexual y ese subconjunto no vale la pena.

No es que me sienta un Casanova ni algo parecido, no soy la última Coca Cola en el desierto, creo que llamo la atención por la simple seguridad que me da el aceptarme como soy.

Quizá sea un manipulador, pero no he violentado ni forzado a nadie a

hacer algo que no quiera. A lo mejor me aprovecho de que he aprendido que todo ser humano se siente solo y que muchas mujeres están dispuestas a acceder a mis deseos cuando les ofrezco, aunque de manera efímera, un poco de afecto y compañía.

No se necesita bajarles el cielo y las estrellas, ni siquiera las joyas de la corona, todo es tan simple como susurrar al oído: quiero estar a tu lado, deseo pasar un momento contigo y regalarnos un contacto piel a piel como el que necesita un bebé para sentirse querido por su madre. Pueden ser segundos, minutos u horas, pero en esos instantes solo seremos tú y yo.

No quiero considerarme como el salvador del infortunio de esas mujeres. No lo soy porque intento establecer relaciones equitativas al reconocer que ellas también me ayudan a intentar subsanar mi soledad.

No puedo escudarme en decir que este comportamiento lo aprendí de mi madre y padre, ni siquiera que es producto de que mi vida amorosa ha sido desastrosa o insatisfactoria. Es como una capa que se impregna en mi piel, algo que mi obtusa cabeza no puede vislumbrar las razones de su existencia.

Ser como soy estaría perfecto si pudiera negar la falsedad de esos momentos. Dichos contactos temporales, por más placenteros que pudieran resultar, no llenan ni un ápice ese vacío interno que experimento y sólo la fantasía de que algún día voy a encontrar a la persona adecuada me hace ir de flor en flor, cayendo en un círculo vicioso sin principio ni fin, incluso sin una meta clara.

El dolor sigue estando presente, carcomiendo la mente y la voluntad, aniquilando el día a día, destruyendo la novedad y volviéndola en una rutina más pesada que englute cualquier placer y bienestar. Mejor pido otro capuchino y un pedazo más de este delicioso pay de manzana.

A veces trato de lavar mi conciencia al decir que en realidad no soy infiel ya que nunca he dicho: ¡Sólo contigo!, pero me he convertido en un farsante pues llevo una doble vida llena de falsedades y secretos. Quizá lo único que puede estar a mi favor es que nunca me he colocado en el púlpito de la moralidad y las buenas costumbres.

Debo confesar que sin querer he estado pensando en presente cuando en realidad debí haberlo hecho en pasado pues ahora ya estoy viejo y nadie me hace caso y ni siquiera el recuerdo de lo bailado me sirve para mitigar la ansiedad de la soledad. Estoy más solo que un perro callejero. He aprendido a patadas que no existe nadie indispensable.



Paúl Núñez

No debo hacer migas

Pita Escalona

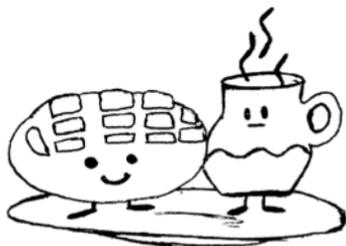
No existe nadie indispensable, cualquiera se puede sustituir por otro, escuché la primera vez que me corrieron del trabajo. Sí, es una frase recurrente a lo largo de la vida. Pero..., ¿cómo no va a existir alguien indispensable? Esa vez, rogué al jefe que no me despidiera. Exalté mis virtudes, aunque sé que alabanza en boca propia es vituperio. Le llevé una canasta repleta de bollos y de panes de mil figuras, recién horneados. Noté, por un lado, su sonrisa y sus ojos soñadores al inhalar el inconfundible olor, y por otro, su finísima actuación haciéndose el duro, apretando los dientes con firmeza, rechazando mi postura y por supuesto el pan. Me advirtió que el desarrollo de mi trabajo no era el motivo de mi despido y me comentó con desdén: “Qué diera yo por mantenerlo en la nómina, si va a privarme de mi desayuno favorito, los croissants rellenos de higo”. Reconoció mis aptitudes. Sabía que los clientes iban a extrañar esa inmejorable textura de los pequeños bolillos crujientes por fuera y suaves por dentro; de las conchas rellenas de nata; de los chokolatines y de los polvorones de nuez.

Tardé en conseguir un nuevo trabajo, después del supuesto recorte de personal por el que dijeron me habían despedido. No me lo tragué. Haciendo memoria, sucedió justo después de que invité por primera y última vez a mi casa a Ezequiel, mi compañero.

En la nueva panadería no era yo el mero mero, acataba órdenes y mi creatividad se veía disminuida, pero recibía el mismo salario. Comencé a sentirme a gusto. Mi ayudante era una señora mayor, pero eficiente y sobre todo, muy agradable. Una tarde la invité a tomar un café a mi casa. Nos llevábamos tan bien que no puso peros. Aceptó de inmediato.

A la mañana siguiente me llamaron a la oficina del dueño. La señora mayor le había contado que en mi casa estaban todas las palas y los utensilios que habían desaparecido por arte de magia de la cocina de la panadería.

Quedó al descubierto mi propensión desmedida a robar, a tomar objetos ajenos que se encuentran al alcance de mi mano. No me doy cuenta de que estoy haciendo algo malo. Al llegar a mi casa, simplemente los coloco en una caja que no tiene oficio ni beneficio. Como consecuencia, por segunda vez fui despedido. Parece que no entiendo. ¿Por qué tuve que volver a invitar a mi casa a un delator? Lo hice. ¡Otra vez el mismo error!



Paúl Núñez

El desfile de invierno

Ángeles Montes de Oca Bowers

¡Otra vez el mismo error! ¡No lo puedo creer! Ya pasaron 19 años y sigo pensando que debimos quedarnos a pasar esa Navidad en Janitzio con mis padres, comer mole y pescado blanco. Eso me pasa por tener hijos robustos y fuertes. Pero se me metió en la cabeza pasar ese invierno en los iunaites.

Nos hablaba el compadre de todo lo que vio por allá cuando se fue de mojado, que lo único que queríamos era poder conocer los parques, los Moles, los friweys... Solo iríamos a Disneylandia para que los chicos la conocieran. Nos decía que el desfile de invierno era rete bonito y que la Campanita volaba de a de veras entre los copos de nieve. Yo quería cumplirles sus sueños a mis hijos. Tanto nos tardamos en juntar para ese viaje que se hicieron grandes los chamacos, ya iban de 15 y 19. Pero el compadre decía que no había edad para ir a Disney. En mis adentros yo pensaba que en una de esas, si salía una oportunidad, hasta nos quedábamos por allá. ¡Cuánto habíamos anhelado conocer el gabacho!

Ni llegados todavía en la mera aduana de aquél lado, un marín se aproximó a nosotros. Muy atento, muy amable, nos dio nuestros respetos a Juliana y a mí. Y luego se dirigió a los muchachos en un buen castellano. Les dijo que si les interesaba hacerse residentes en ese país que el gobierno norteamericano les podía proporcionar becas de estudio y trabajos de medio tiempo. Que si se alistaban para hacer su servicio en la Armada Norteamericana en automático les daban la residencia, y una vez allá, ellos podían pedirnos para que toda la familia junta pudiéramos realizar nuestro “sueño americano”.

No, pues nos brillaron los ojos. Juliana no dijo nada. Se retrajo. Como hace cuando se mete en sus piensos. Uno no puede saber qué relajo se trae en su cabeza.

Como quiera sólo le dieron la solicitud a Miguel, el mayor, porque Jaime todavía estaba chico. La enorme mano del soldado estrechó con fuerza la mía y nos dejó seguir en la fila.

¿El parque? ¡Nombre, sensacional! Todavía el dólar estaba a 10 pesos y la mujer del compadre nos consiguió cupones de descuento. ¡Y sí, la campanita volaba de verdad y echaba polvos mágicos! El castillito cambiaba de colores con la iluminación. Y los copitos de nieve comenzaron a caer. Yo no podía creerlo, parecía chiquito tratando de atraparlos entre mis manos. Correteaba con mis hijos igual. El encanto del desfile: Micky, Mimmy, Pluto, la Blanca Nieves... La banda de Micky redoblaba los tambores. ¡El desfile todo era una maravilla! ¡Un sueño! Las lágrimas brotaron por mis ojos, no lo podía creer. Los chicos con todo y lo grandotes estaban fascinados. Juliana sonreía con esa su sonrisa de pueblo, más feliz de vernos felices que feliz por ella misma. Como si nunca pudiera darse el lujo de una alegría. Yo no, yo disfruté tanto la noche

del desfile como un chiquillo. Los chavos y yo hicimos guerra con las bolas de nieve y nos las aventábamos, nos revolcábamos los tres como cachorros jugando. Y corríamos a hacer fila de un juego a otro. Ella se recargó en un poste nomás mirándonos con un cierto gozo que no se permitía desbocar. ¡Y al final, los fuegos artificiales! ¡Qué espectáculo! ¡Es que los gringos sí que saben hacer las cosas bien! En mi mente el tiempo que duró la pirotecnia fue casi eterno. Luces y más luces, estrellas de colores. Qué lujo, cuánto derroche de diversión. Cómo agradecí esa noche haber podido llevarlos. Me sentía orgulloso. Con mis ingresos de trailerero y apretándonos mucho el cinturón, todavía en aquél entonces se podía uno dar algún gustito. ¡Ora qué va! Incluso es peligroso.

El compadre nos contactó con su otra familia, la de allá, y nos quedamos con ellos. Tuvo varios chamacos con una guatemalteca bien bonita, se llama Mirza. Y la verdad nos ahorramos mucho con el alojamiento y la comida.

A mí si me entró la tentación de quedarnos, pero Juliana no quería, se le hacía muy lejos. No lo decía, pero como que no se hallaba, sin familia ni dinero. Era tan solo una idea. La nueva comadre decía que para los chavos era fácil conseguir algo en la construcción, y que yo manejando grúas o algo. Juliana tan prudente, sólo dijo que seríamos ilegales y perderíamos la oportunidad de emigrar bien con trabajo y todo. Miguel la apoyó —y si en una de esas le llamaba el marino del aeropuerto. Y así, luego de 3 días de hacer guerras de nieve en el patio de la nueva comadre y quitar de las puertas la nieve para poder ir a los moles nomas a ver, no a comprar.

Estábamos a todo dar. ¡Con los calorones que hace en Michoacán! Experiencias nuevas, nuevos paisajes. Todo parecía un anuncio de Coca cola. La gente llenaba de luces sus casas. Y te dejaban pasar a la yarda bien confiados. Colecciones de trenes a escala y santacloses. Muchos pinos nevados... Ahí entendí como es la verdadera Navidad —dije yo. Comimos pavo y jamón con piña, ni extrañamos los romeros. Mirza cocinaba sabroso.

La nueva comadre se portó muy bien. Nos llevó a varios lados en su troquita Ford. Nos preguntaba mucho por el compadre. Nos hacíamos los tontos. No pudo, o no quiso regresar luego de la última deportación.

Regresamos a nuestra casa muy felices, con la idea de volver, como tantos que agarraban camino pal gabacho. No pasaron ni 8 días cuando Miguel recibió su carta del Ejército. ¡Ah, jijo, y yo que creí que era puro cuento!

Lo dejamos en la terminal el mes siguiente. Lloré mares, y Jaimito también. Juliana nomás le dio su bendición bien seria y le puso una bolsa de plástico con sus comidas favoritas.

Cada carta que llegaba la leíamos con mucho gusto. Que si el entrenamiento, que si la comida, que si el comandante, que si los compañeros mexicanos, los puertorriqueños, los coreanos. Y así los 2 años del servicio, nos mandaba fotos, estaba más grandote y marcado. De pedirnos a nosotros aún no había noticias. Mientras Jaime le metió duro al inglés y al gimnasio, acá para

el servicio, él había sacado bola blanca. Miguelito nos hablaba por teléfono. Y ahí sí se le salía alguna lágrima a Juliana al oír la voz de su muchacho que ya era un hombre y nos mandaba unos dólares.

Por eso digo que no hay que cometer dos veces el mismo error, ahora el hijo de Jaime quiere seguir los pasos de su tío Miguel. Se quiere ir de mojado para allá. Yo le digo que no se vaya, que hace mucho frío. Que el clima es inclemente y no hay modo de calentarse. Que aquí nada le falta, quizá pobres, pero juntos.

Cuando nos llamaron para recoger su cadáver en el estado de Oregón nevaba de la chingada. Sobre su féretro estaba la bandera de las barras y las estrellas toda escarchada. Había 12 féretros iguales, hubo banda de guerra, guirnaldas, cañonazos, discursos que ni entendimos. Un pelotón impecable desfiló frente a ellos rindiéndoles honores. Pero mi hijo Miguel estaba frío, sin las risas de Disneylandia. Apenas había terminado el servicio, se lo llevaron al frente en Irak. Al poco ya estaba perdido en la oscuridad de su caja. Juliana sin lágrimas, metida en la conciencia de la infinitud de su propia ausencia. La ceremonia fue muy emotiva como todo lo que hacen los gringos. Pero nuestros corazones estaban rotos como un hielo partido. A mí y a Jaimito se nos congelaban las lágrimas en el rostro. Ahí estábamos con mi Miguelito grandote, fuerte y muerto. Nuestras piernas encajadas en esa imparable blancura.

Entre tanto frío, yo nomás estaba piense y piense cómo desde pequeño, Miguelito moría por conocer la nieve.



Paúl Núñez

El último roadtrip

Dave Brennan

Moría por conocer la nieve. El frío de Alaska era como cualquier otro, pero Mario tenía una singular fascinación por el Estrecho de Bering desde que supo que una mujer lo nadó al final de la Guerra Fría. Miró hacia arriba y enfocó su mirada —por última vez— en un copo de nieve de gran tamaño a 2 metros arriba, idéntico a las máscaras de papel que hacía en su infancia. Esas que primero doblabas cuatro veces la hoja para después realizar —y de aquí es de donde viene la unicidad de cada máscara— pequeños cortes en su perímetro con tijeras, algunos grandes y otros pequeños. Al desdoblar la felicidad cuatro veces podías ver con nuevos ojos a ese amigo de la infancia que ya poco recuerdas, pero en ese momento te enseñó esta actividad y se convirtió en tu héroe. Así lo fue Tony para Mario, quien le enseñó a domesticar las emociones en sentimientos, y ahí estaba, a su derecha.

Al tener el copo de nieve al nivel de los ojos, Mario pensó en Chucho, quien le enseñó en la adolescencia a no tomarse la vida de manera tan literal —a no ser tan rígido ni obsesivo— y quien estuvo a su lado desde que lo diagnosticaron con una rara enfermedad que ni siquiera tenía nombre antes de él, pero las doctoras lo habían descrito como una extraña hipotermia perpetua provocada por deficiencia hipotalámica. Chucho le había enseñado también a no tomarse su enfermedad de manera tan metafórica, pues el pronóstico era muy claro: cualquier contacto con la nieve detendría su corazón en cuestión de minutos. Chucho estaba a su izquierda, claro.

Mientras el copo de nieve se acercaba al suelo, Mario no pudo evitar reírse al acordarse cómo Verónica lo había introducido a los psicodélicos en la carrera, cuando le dio sus primeros chocohongos para clase de Hermenéutica y se rieron tanto que tuvo que quitarse su tercer abrigo del calor que producían sus músculos abdominales. Verónica le consiguió el DMT que acababa de fumar antes de salir del coche al frío de Alaska y ahí estaba también, detrás de él, por si Mario se iba pa' atrás durante su último —en sentido literal y metafórico— viaje.

Al fundirse el copo con la nieve, Mario volteó al coche, en donde estaba su madre, quien fue la que lo incitó a escribir sobre lo que se sentía tener una vida sin calor propio y a quien agradeció al principio y al final de su discurso de aceptación del Premio Nobel. Mario le soltó una sonrisa a medio terminar mientras en sus audífonos se desenvolvía una última canción: “Endless Sleep” de Chromatics.

El copo se deshizo y su mente también. ¿Para qué seguir viviendo?



Consejo Editorial

Editora General
Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva
Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje
Cecilia Durán Mena
María Elena Sarmiento
Virginia Meade
Andrea Fischer

**Coordinación de Enlace
y Relaciones Públicas**
Montserrat Castellanos Cuevas

Diseño Editorial
Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Foto de portada
Amor y otras formas de sujetarnos, Diana Glez.

Radio
Cecilia Durán Mena
Juan Carlos Padilla Monroy
Raúl Sanz Suárez

Producción del Programa de Radio:
Brandon Hurre Garcia
Fabianne Gutiérrez
Sofía Aranka

Cuarto de Guerra
Alumnos de la Universidad Anáhuac

Digital
www.porescrito.org
Ventas y suscripciones
ventas@porescrito.org

Contacto
contacto@porescrito.org
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número treinta y ocho. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Junio-Julio de 2022.



También estamos en:



Radio Anáhuac 16.70 AM
www.porescrito.org

Por Escrito

Ultimátum

*“No hay nada en este mundo que sea tan poderoso
como la palabra.”*

Emily Dickinson



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO



www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...

para NUNCA dejarlos ir